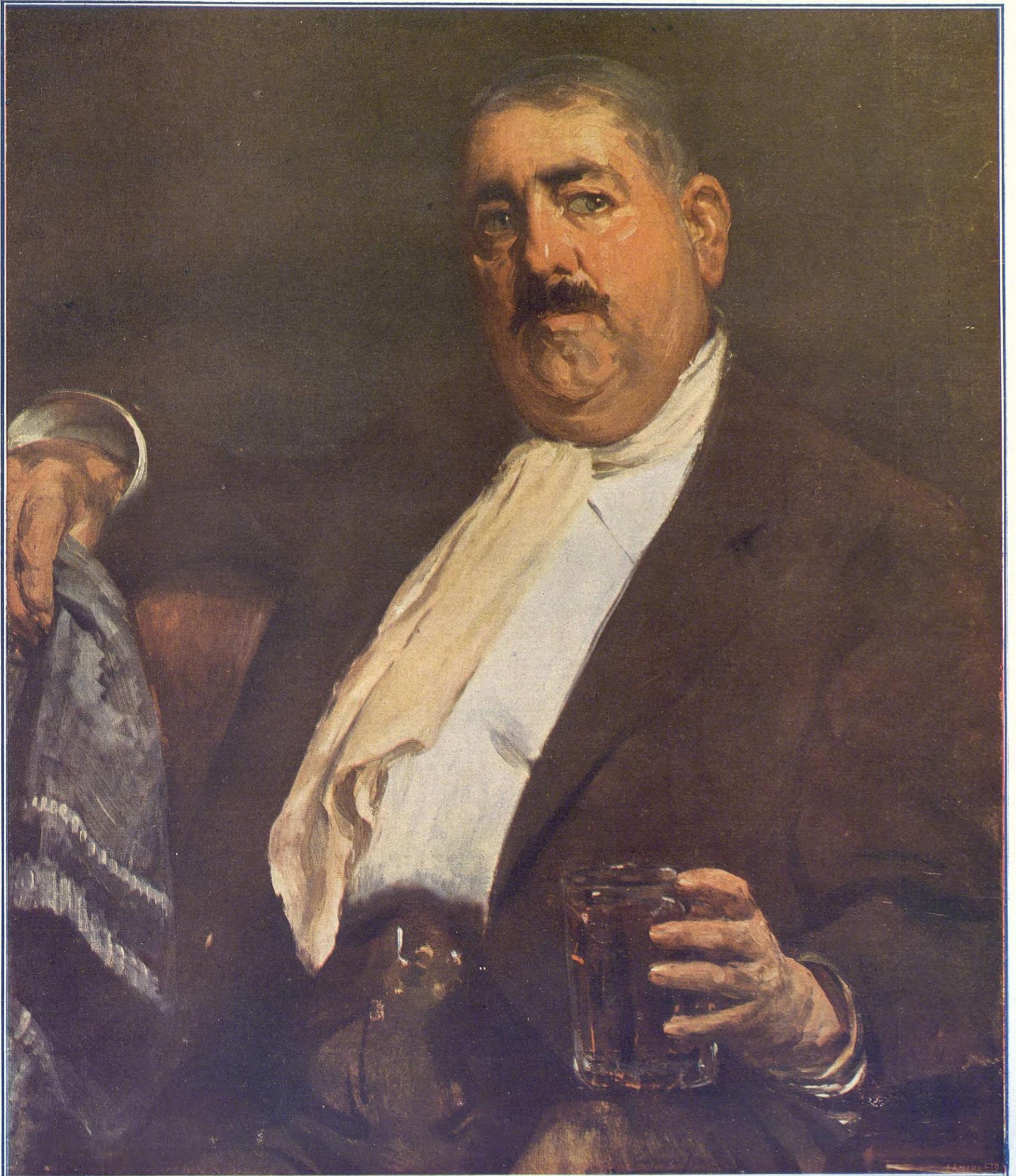


La Esfera

17 Noviembre 1917

Año IV.—Núm. 203

ILUSTRACION MUNDIAL



EL BEBEDOR, cuadro de Enrique Jaraba

No leáis estas líneas, señora ó señorita. Si vuestros ojos, que yo creo hermosísimos, porque el lapislázuli los aureoló de ojeras románticas, se posaron un instante en esta página; si vuestros labios, que yo creo más rojos que el carmín, porque la barra de colorete de Dorin les prestó lozanía, han llegado á musitar las primeras palabras de este artículo, callad y apartad la vista, antes de que os crisper la boca y os frunza el entrecejo una dura mueca de rencor. Ya veis que empiezo hablando de vuestra simulada hermosura, pecaminosa mentira de la que solemos cerciorarnos los poetas y que perdonamos y seguimos creyendo al hacerlos el apasionado regalo de una belleza que sólo tiene realidad en nuestra fantasía, y que es en vosotras vanidoso fingimiento. ¡Ah, si pudiéramos perdonar lo mismo la mentira de vuestro corazón, siempre más tarde descubierta, porque el *maquillaje* moral de apasionados juramentos y de besos falaces, es más duradero engaño, para el alma infantil de los que adoran, que la aureola del lapislázuli y el colorete de Dorin. Voy á hablar mal de vosotras; voy á transcribir un coloquio trasnochado que sostuvimos á bordo unos cuantos compañeros de viaje, en el cual se habló de las mujeres espías... ¡No me leáis, señora ó señorita!

Navegábamos á la entrada de Cádiz. La campana del barco había llorado doce veces, en la profunda serenidad azul de la noche otoñal, y en la obscuridad del fumador dormían las cartas y las fichas del *pocker* y del *bridge*. Hasta seis viajeros, empedernidos noctámbulos de las grandes ciudades, paseábamos sobre cubierta aspirando la salina merced del viento. Se hablaba de la política española y de la guerra internacional. De cosas incomprendibles. Un negociante catalán hacía el panegirico del señor Cambó. Un maestro de música, italiano, que tenía barbas de fauno, llevaba un número de *Nuevo Mundo*, con el retrato de la Mata-Hari, y gemía en exageradas lamentaciones por el fusilamiento de la bailarina.

—¡Era una espía!—dijo alguien.
—¡Oh, ma era tanto bella, tanto!—exclamó el italiano, con las mismas inflexiones de voz que si cantara una canción napolitana.
Entonces el más viejo de los paseantes lanzó una feroz invectiva contra los espías de la guerra. Le escuchamos en silencio porque le respetábamos todos y le llamábamos el maestro, y gozábamos con sus amenas charlas, en las cuales nunca quiso decirnos ni su patria ni su condición. Se murmuraba que había sido rico y galante; que había trocado tierras y cruzado mares, y tenido amores y padecido las hiperestesias de los grandes artistas, y que ahora viajaba derrochando los últimos restos de su caudal y esparciendo al mar y al viento las cenizas de su melancolía.

Tenía un perfil noble, enérgico y antiguo, como una vieja medalla siracusana.
Era moreno y barbudo, y conservaba sobre la frente, limpia y bombeada, todos sus cabellos vigorosos, ya calcinados por la edad. Una sola arruga, como una cicatriz, como un surco de siembra, le partía verticalmente el entrecejo.
Austero y noble, cristiano de fe inquebrantable, más por el corazón que por el entendimiento, aún usaba con mesura y buen tono la gracia de la paradoja y la agilidad del sofisma, y su boca, que no había perdido el color de la salud, no había perdido tampoco el don amable y divino de la sonrisa. Sonriendo, terminaba, pues, su furiosa filípica:

—Espías, espías. ¡Es la misión de la mujer, amigos míos, qué queréis! Ella es la malicia,



La Teodorini — La Mata-Hari

enemiga de la sabiduría; ella es la astucia, contraria á la sinceridad. La Historia está llena de ejemplos: las mujeres son hijas de Eva, de Dalila, de Judhit... ¡Mujer es sinónimo de traición!
Yo protesté contra semejantes insultos. Protesté en nombre de la belleza, del amor y del arte. El viejo no me dejó hablar.

—Las mujeres pueden ser una obra de arte; pero no sienten jamás el arte, hijo mío. La mujer no sabe ensoñar. Su fantasía es la barata agilidad del pícaro andaluz ó napolitano, que engaña al vulgo con sus embustes en un barracón de feria. Y yo no soy antifeminista, que conste. Creo que la mujer debe intervenir en la vida de la ciudad y en los negocios del Estado, precisamente porque posee la astucia, el buen sentido, el espíritu de economía, la habilidad mañeruela de que carecen los hombres superiores. Una mujer puede ser político, jurisconsulto, hasta guerrero... ¡No será nunca Cristo, ni Don Quijote siquiera! Nosotros, por ceguera de nuestros apetitos, nos hemos empeñado en considerarlas divinas, sin pensar que están fuertemente pegadas á la tierra y son barro de nuestra costilla. La mujer es bella, pero no siente la belleza, como el paisaje, indiferente, es incapaz de sentir él mismo la emoción que produce en el pintor. La mujer no cree nunca que la pureza de líneas de su cuerpo desnudo sea superior en belleza á las cintas y lazos de su modista. Arquímédes no hubiera ideado jamás los corchetes para abrocharse un corpiño; pero una mujer no hubiera descubierto jamás el sistema de Copérnico. Una manzana sirvió á Newton para descubrir la ley de la caída de los cuerpos; una mujer se la hubiera comido tranquilamente, sin reflexionar.

Todos reímos.
—¿Y cuando una de ellas se convierte en espía, por amor?—exclamé—. ¡Una mujer enamorada es más valiente, más audaz, más abnegada que cualquier hombre! ¡Por el amor de su galán desafía á la murmuración, reta á la muerte, se juega el bienestar, el honor y la vida!...
—¡Ah, cuando es por amor!...—respondió el viejo, con una suave mueca de ironía—. Lástima—continuó—que muchas mujeres, casi todas, después de haber traicionado por amor, traicionan también al objeto amado. Hacen la primera locura, amparándose en la pasión que las mueve... y luego se olvidan de esa pasión... Entonces son dos veces traidoras. La mujer no tiene ni siquiera la virtud de persistir en el error. Suelen muchas mujeres traicionar á su marido, diciendo que han despertado, por fin, al verdadero amor, y luego, arrepentidas, abandonan al amante para volver con el marido. Este arrepentimiento, amigos míos, no hace sino agravar la primera culpa.

Iba yo á contestar al viejo, cuando el estampido de un cañonazo, largo y ululante, como el aullar de un lobo gigantesco, horadó el silencio de la noche.

Nos quedamos perplejos, mirándonos con el miedo en las pupilas. Nuestro barco paró, casi inmediatamente. A unos cien metros de nosotros meciase sobre las aguas, plateadas por la luna, un crucero francés que nos rociaba con la luz de sus reflectores.

Y siguió una gran confusión: carreras, pitos, puertas que se abren, cabezas soñolientas que interrogan asustadas maldiciones de germanófilos... Antes de media hora, el pasaje estaba, en el salón de música ó asomado á la borda.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¡Ay, Dios mío! ¡A mí me esperaba en Cádiz mi marido! ¡A mí también me espera mi padre!...

Todas las habladoras de Molière planían y chillaban atemorizadas. Un oficial francés, teatral y decorativo como un galán de *La Comédie*

ó del *Gymnase*, saltó á bordo, seguido de ocho marineros rubios, fuertes, negros de hollín, que lucían sobre sus gorras azules la coquetería pueril y absurda de una borla roja, y en la cintura la amenaza de dos pistolones enormes.

—Viaja una espía con nosotros—dijo alguien, —la ex tiple Elena Teodorini... La acusan de estar complicada en el famoso *affaire Bolo-Pachá*.

Ya antes nos había detenido, por la misma sospecha, un barco inglés, que no halló pruebas suficientes, puestó que dejó seguir su viaje á la ex cantante.

Todo el mundo, el pequeño mundo de nuestro trasatlántico, discutía y comentaba el hecho.

El maestro afirmaba la culpabilidad de la Teodorini.

—Aunque llore, aunque jure—exclamaba—, es dos veces mujer, porque es cómica. A su vanidad femenina, á su liviandad natural, une la vanidad que se adquiere entre bastidores, por el ansia del aplauso, y la falta de recato que da el exhibirse ante los públicos. Es vieja, ya no tiene voz, ya no tiene belleza; acaso carece de una hija á quien amaestrar; quiso ser maestra de canto, y el sacerdocio de la enseñanza la aburrió. No le quedaba más oficio que el de espía; es el que le conviene, aquel para el cual reúne más condiciones. Es espía, es traidora, no lo dudéis; es hija de Eva, de Dalila, de Judhit...

En el *hall* de primera notábase un gran revuelo. De la cámara salía, entre dos marineros, la famosa ex cantante, con el gesto majestuoso y doliente de *Norma*, en el último acto. Se la llevaban á Casa Blanca, en el crucero francés.

Cuando estuvo en la escala volvió los ojos al barco que dejaba, y exclamó, solemne:

—¡Así acaba la Teodorini!
El viejo sonrió despectivo, y exclamó:
—¡Teatro, siempre teatro; uf, qué asco!

Más tarde, el maestro nos invitó á su camarote, á proseguir la charla, y descorchó en honor nuestro una botella polvorienta, de un jerez viejo, color caoba, que tenía los vasos y aromaba el ambiente. Junto á la litera, sobre una mesita, en un marco de plata repujada, lucía el retrato de una mujer en el traje de Selika, de *La Africana*. Preguntamos quién era.

—Es mi esposa—dijo el viejo, con cínica tranquilidad—. Cantante de ópera, que huyó de mi lado con un joven, médico alemán, especialista en enfermedades de la laringe y del amor.

Ya nadie quiso oír sus teorías y, poco á poco, fuimos saliendo á pasear de nuevo sobre cubierta. Ibamos tristes. A bordo había la sensación de que se hubiera muerto un pasajero.

Las luces de Cádiz, alineadas en la bahía, eran como una blanca sonrisa de la noche.

EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS



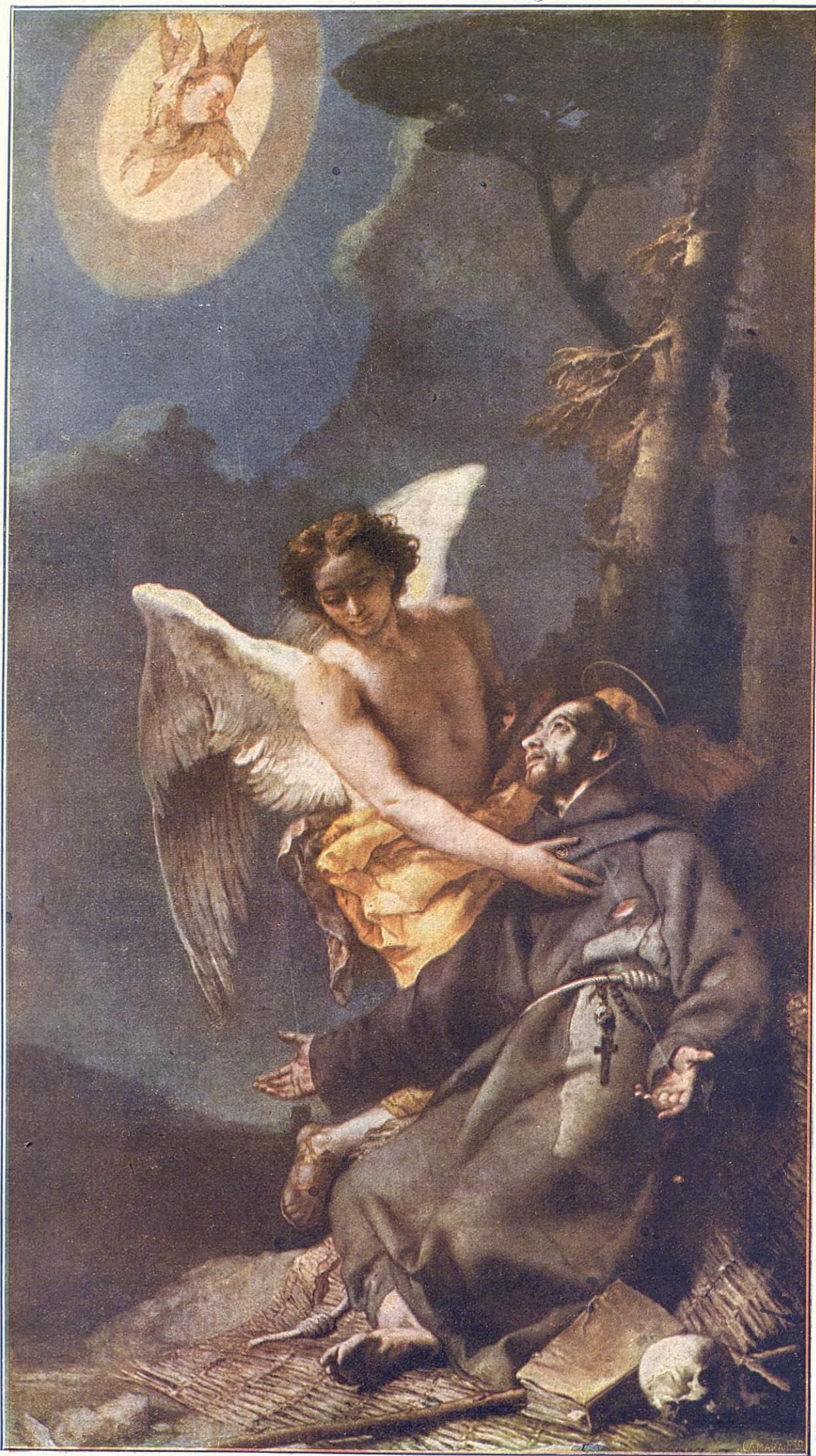
S. A. R. EL PRÍNCIPE D. ALFONSO

FOT. R. CIFUENTES

He aquí un interesante retrato de S. A. R. el Príncipe de Asturias, hecho recientemente en las galerías del Palacio de Oriente. El augusto niño, legítima esperanza del pueblo español, está acompañado de su perro favorito, un hermoso animal que le paga con lealtad y cariño la preferencia de que le hace objeto.

LA ESFERA

ARTE ANTIGUO



IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

Cuadro de Juan B. Tiépolo, que se conserva en el Museo del Prado

IMPRESIONES
DE VIAJE

MEDINACELI

Por mucho que al tiempo esté encomendada la ruina de lo existente, por muy fatal que sea la ley de renovación de la vida, no es menos lastimoso y amargo ver cómo se extinguen los seres y, con ellos, aquellos lugares que parecían destinados á asegurar la sucesión de sus generaciones.

Estos y otros tristes pensamientos me ocurrían una riente mañana de Junio, al escalar por muy empinada senda, desde la estación de la vía férrea, el alto asiento de la antigua *Ocilis*, en otros tiempos animada y rica, centro de bélicas empresas, punto, después, de cita de feriantes é industriales, pero, al presente, abandonada cumbre, á la que muy contados caminantes tienen el valor de dirigirse.

La fuerte ciudad lbero-romana, la árabe Medinaceli, la señorial mansión, más tarde de linaje de regia stirpe, ofrécese á su ingreso cual ámbito de soledad

y abandono, sin seres vivientes que la animen, como si todos hubiesen abandonado aquellos humildes albergues, quedando sólo algún vigilante can, que se inquieta al ruido de los pasos del extraviado transeunte.

Mas, como ingreso al ancho campo de sus antiguas ferias, yérguese aún clásico arco triunfal de cesáreas líneas, que desde abajo se viene dividiendo: arco de correctos perfiles, de ponderada mole y solemne presencia, fuerte y recio, al punto de impresionar con su bien trabada arquitectura, hablándonos de edades clásicas, de imperiales conmemoraciones y de triunfos y glorias pretorianas.

Sus cornisas; sus columnas, si las tuvo; sus mármoles y bronce, han desaparecido; pero aún le queda su robusta osamenta, aun mejor, su médula latina, imperecedera é inquebrantable, inmune á todo agente y dispuesta á durar por siempre.

Dícese que aquel arco fué levantado para que por él pasara Galba, cuando, proclamado emperador en Clunia, se dirigía á Roma á posesionarse del Imperio; no sé con qué fundamento así se diga, pero mucho recuerda á los del Foro romano, elevados á sus colegas: en España no existe otro más grandioso.

Grato es hallar estos mudos, aunque, á la vez, tristes testimonios de pasadas grandezas, por lo que dispúsemos á encontrar, tras el arco, algo más digno de tal ingreso; sólo ancha planicie tras él se distingue, limitada por pardos muros; en el fondo, baja casa solariega con escudos blancos sobre su puerta; á la derecha, somero convento de monjas, también pardo y modesto, con los propios escudos de la casa patronal de que es vecino.

Pero á esto, ni un habitante, ni un sonido. Abrióse, acaso, cuadrada ventana y, apareciendo una joven, casi una niña, increpó á un chico, aun más pequeño; su voz inundó aquel espacio con la intensidad de un canto; pero, al desaparecer de la ventana, volvió á reinar el silencio.

Penetremos por aquella calle—me dije—; y por torcida vía llegué á la igle-



Arco de triunfo, romano, en Medinaceli

sia, desierta á aquellas horas; sólo menuda vieja, arrodillada sobre el ruedo de esparto, aderezaba la tarima de las candelas. El templo es amplio y de gallardas líneas, con aquella aquilata proporción con que supieron nuestros arquitectos engrandecer el interior de los espacios cerrados, hasta que vino Herrera á conseguir lo contrario. Su estilo, ojival expirante; pero, aun así, ya lo quisiéramos para muchos templos del día.

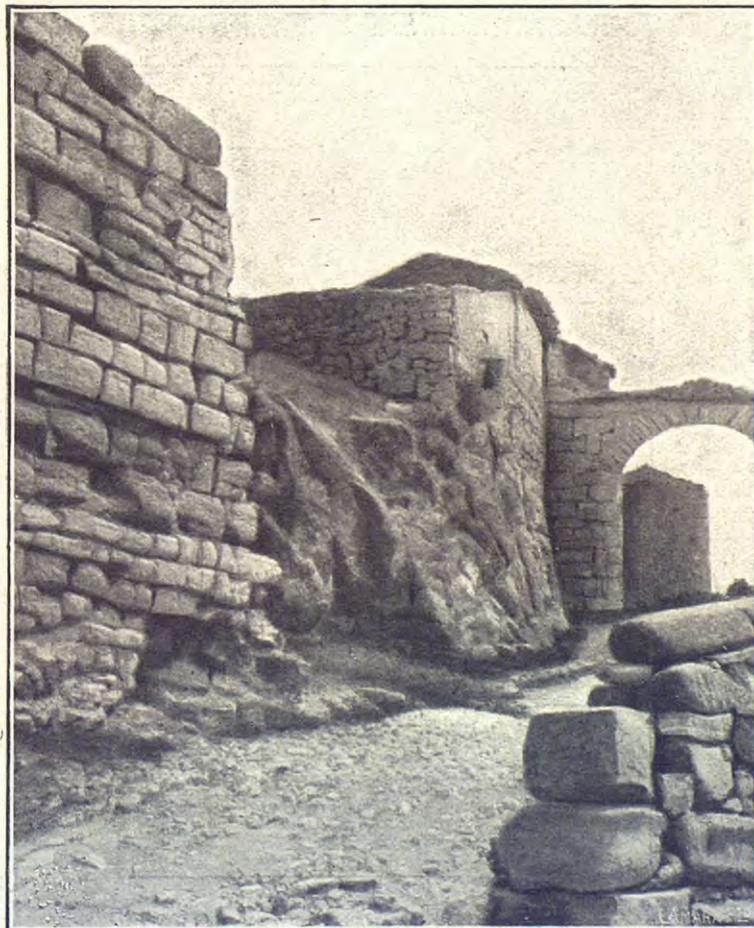
gunas mujeres, con refajos cortos y delgadas piernas, les acompañan, siguiendo al compás la marcha, pero tan callados todos, que parecen imágenes cinematográficas.

Por una de las bocacalles distingúense muros que ofrecen aspecto de fortaleza: quizá por ellos comenzó la historia de tal pueblo. Sin duda pertenecieron á la antigua acrópolis; hermosos sillares constituyen aún sus paramentos; arcos de correctas curvas van determinando un recinto; sobre ellos destaca gallarda torre, pero todo tan descarnado, que ofrece equilibrios inverosímiles. Mansión en otros tiempos de fortaleza y amparo, ha cambiado por completo su destino: hoy es el cementerio.

Después de esta impresión, ninguna otra me esperaba; así, desandando lo andado, en aquella ciudad sin vida, pensaba en su gloriosa historia, en la razón de su existencia, en la causa de tanto cambio y á quién debiera tan triste suerte. Sin duda, á su propia antigua fortaleza, á su precisa razón pasada.

Si los romanos, guiados por el curso del Jalón, llegaron á ella, estableciendo allí su punto de partida para escalar el alto valle del Duero, fué porque su posición la constituía en puerta de tal comarca. Si más tarde Almanzor la diputó como su mejor baluarte, viniendo á ella á morir, vencido al cabo, y los famosos duques la escogieron como avanzada contra los aragoneses, al cambiar los tiempos, sus señores prefirieron la Corte á sus torreones, quedando éstos desiertos y sin empleo; y abandonados por los mismos que los levantarán, no les quedó otra misión que derrumbarse.

Medina, la de la puerta cesárea y del gran feudal castillo, del templo blasonado y del palacio sin guarda, tu misión parece cumplida; pero no desesperes, que después de los años mil, llegan razones de nueva vida á corroborar la antigua. Tal pudiera acontecer, que por tu arco de triunfo cruzaran de nuevo victoriosas legiones.



Muros del castillo de Medinaceli

N. SENTENACH

EL FRAILE DE DIAMANTE

A propósito del IV centenario de la muerte del cardenal Jiménez de Cisneros

Fué aquel monje ceniciento síntesis de toda la masculinidad de una raza. En ardorosos momentos, cuando pujaba nacionalidad recién hilvanada—que algunos tales quieren, por cierto, hogaño deshilvanar—tocóle á Cisneros medirse con los hombres más de bronce que ha conocido España: Alba, Tendilla, Nájera, el *Gran Capitán*, el marqués de Priego, el asperote Pedro Navarro, Utrecht, el flamenco, los cardenales Mendoza y Carrillo, el condestable Benavente... Sin olvidar al ondulante Don Fernando, ni á la magnánima Doña Isabel, ni á Roma con aquellos papas extraídos de la impura cantera de Borgia y de Médicis. En su misma familia hubo Cisneros de sotocar rebeliones inauditas cual la de Bernardino, su hermano menor, criado por él con amor de padre, que quiso una vez estrangularle... Pues á todos tuvo á raya el fraile enfrañadísimo, porque era de materia más tenaz y luminosa que el de ellos, verdaderamente diamantino, su recio espíritu.

Cerca de sesenta años hay casi blancos en la biografía cisneriana; no se enhiesta mucho su vida sobre la de un hombre normal, austero y estudioso; en Alcalá y Salamanca cursa filosofía, derecho y lenguas muertas, gradúase de bachiller, á título de sapiencia ordenase de presbítero. Por una litis familiar vese forzado á marchar á Roma, donde permanecerá siete años; enérgico y desenfadado, con el diploma de abogado consistorial, comienza á singlar entre las sirtes de aquella curia ladina; ésta, tan escrupulosa en sopesar á los hombres, descubre en Cisneros un elemento útil, y quiere retenerle para aprovecharle. El presbítero juriconsulto se inhibe. Por sus prendas, en talante de despedida, le agasajan con un breve apostólico que le permitirá en su día ocupar beneficio eclesiástico.

Tornando á España en edad treintañal, con redoblados bríos, abre bufete abogadil. Era arzobispo toledano el altanero Carrillo, que primero le nombró visitador de Uceda, y luego, por haberse alzado Cisneros con el arciprestazgo de la villa, al amparo del breve, le tuvo preso seis años en el castillo de Santorcaz, casi á pan y agua. De Carrillo puede decirse lo que después se dijo de sir Thomas Lucy, noble inglés que, expulsando de Strafford á Shakespeare, porque cazaba gamos en su parque de Charlecote, le obligó á tomar tierra en Londres. Sin la enemiga del caballero Lucy, acaso no habría cuajado en Shakespeare el altísimo dramaturgo. Sin la animadversión de Carrillo, probablemente Cisneros hubiera crecido menos. Porque el tesón entonces demostrado frente á los rigores del primicerio fué de tan finos quilates, que le atrajo para siempre la atención y solicitud del poderoso González de Mendoza, á la sazón obispo de Sigüenza. Muerto Carrillo, Mendoza fué arzobispo de Toledo, y cardenal luego, y «tercer rey de España». Cisneros había sido en Sigüenza su provisor y vicario. Y cuando el bondadoso fray Hernando de Talavera dimitió de confesor de la Reina, por inspiración de Mendoza, para cargo tan codiciable fué elegido Cisneros, ya fraile, que ni lo apetecía, ni lo aceptó sin condiciones.

Cisneros hace rápida carrera; vésele provincial de su Orden, arzobispo de Toledo, inquisidor general para Castilla y Aragón, cardenal y Regente del Reino. Salvo Papa ó Rey, ¿pudo ser más ningún nacido? Pues aún cabe decir que, durante el año y medio desarrollado entre la muerte de Fernando el Católico y la suya, fué verdadero rey de España, frente á la ausencia del César Carlos y la *locura de amor* de Doña Juana.

¿Por qué se enfrailó Cisneros? No sólo por su honda fe, sino por afán señero de apartarse del mundo. Fallecida su longeva madre y empujado Mendoza á la sede de Toledo, con lo cual Gonzalo—que era su nombre de pila—pudo desasirse del provisorato, distribuyó sus bienes entre los pobres y se dirigió á tomar la cogulla franciscana en el convento de la Salceda. Trocado su cognomen por el del seráfico fundador, ingresó en el grupo de los observantes, regla la más estrecha de las monacales. Años fué eremita; en cualquier canchal hizo su Tebaida, comió hierbas, se disciplinó concienzudamente. Visiones y éxtasis le conturbaron.



EL CARDENAL CISNEROS

Religión, Patria, Cultura, son tres rutilantes facetas del diamante hecho fraile, facetas unidas por una arista común, confundidas en un ideal.

Para gala de la religión, caminando á pie y pordioseando el yantar, recorrió los conventos de su Orden recién elegido provincial. No escandalizaremos al lector exhumando la vida relajada de ciertas casas religiosas de entonces. Amparado en bulas, no sin trabajo logradas por la intercesión de Isabel, y concitándose altos odios, capaces de intimidar á otro hombre, Cisneros, con mano de hierro, promovió la reforma, inexorable en el enjuiciamiento y la sentencia, hasta lograr el retorno á la regla de los conventuales más remisos. Homenaje á la religión fué su actuación en Granada, donde pecó de intolerante é impolítico, al imponer á los moros el dilema de la conversión ó el destierro, provocando la sublevación de la Alpujarra. Discúlpa



Estatua del cardenal Cisneros, de Vilches, actualmente emplazada en el primer patio de la Universidad Complutense

su fe arraigada y la época del «tanto monta».

Anhelos de engrandecimiento patrio y confesional le llevaron, ya coitral, á la conquista de Orán, concluida á sus expensas y realidad en que cristalizó un antiguo sueño cisneriano. Sin la repulsa de Gelbes, los desabrimientos de Navarro y la frialdad regia, nadie sabe dónde Cisneros habría parado, Africa adelante, en el empeño de conquistar adeptos para sus dogmas y súbditos para su soberano.

Obras para lustre de la nacionalidad emprendió reiteradas; de lo exterior, salvo los tratos eclesiásticos con Roma y la aventura oranesa, parece que se preocupó poco hasta el momento de su regencia; muerta ya Isabel, su consejo no fué oído en la formación de la Liga de Cambray y de su reverso la Santísima, ni en las guerras que fomentó D. Fernando durante la última etapa reinante. Así, porque el Católico nunca tuvo un excesivo afecto al cardenal ni acostumbró á dejarse dirigir sino por la inspiración propia. Donde el refo espiritual de Cisneros tuvo ancho campo fué en lo interior, defendiendo á la Reina vesánica contra las asechanzas de la grandeza, forzando á ésta á reintegrar al Fisco cantidades detentadas, ajustando las cuentas á las Ordenes militares, creando el Ejército permanente, fomentando, aun con dinero suyo, los pósitos, y levantando al Erario de la postración en que le abismaron guerras y peculados.

Al aludir á la obra cultural y didascálica de Cisneros, le perdonaremos la quema de manuscritos árabes, filosóficos ó religiosos, en gracia á los que conservó sobre Astrología y Medicina para su amada Universidad Complutense; en gracia, también, al ambiente de su tiempo y al temperamento de la raza, que aun hoy, así en rojos como en negros, no brilla ciertamente por su tolerancia. Obra educadora fué la erección de la Universidad (que él llamó Colegio mayor de San Ildefonso) y de los siete colegios menores, con sus 46 cátedras, sus buenos 14.000 ducados de renta y sus 8.000 estudiantes en la época de auge. No cabe encerrar dentro de un artículo de revista lo que la empresa representó de esfuerzo, de previsión, de tozudez y de dinero. La otra hazaña para aquellos tiempos es la impresión de la *Biblia poliglota*, en seis tomos gran folio y cantidad de 600 ejemplares; manuscritos á peso de oro, fundición de tipos especiales, importación de renombrados tipógrafos, agremiación de los técnicos más doctos, todo se juntó, durante quince años, para realizar aquella estampación maravillosa, timbre honroso de la cultura española en el alborerar del siglo xvi.

En el carácter diamantino, presupuesta aquella firmeza moral que Prescott mismo loanza, fulgen dos sentimientos humanos de los más dignos: la justicia y la lealtad; hizo la primera aun contra sus deudos, y la tan indígena recomendación le estimuló á negar, como en el nombramiento de adelantado de Cazorla. Su fidelidad á la Corona fué oro acendrado; la guardó, no ya á la reina Isabel, á quien tanto debía, sino á Don Fernando, tan receloso para él, y en trance de muerte tan confiado, que le legó la guarda de Germana de Foix, su segunda esposa; de Doña Juana fué tutor vigilante y bondadosísimo. No pudo arribar á Villaviciosa cuando acudía, venciendo sus achaques, á prestar acatamiento á Carlos V, porque murió en Roa; pero, siempre leal, ya le había enviado pingües sumas y prudentes consejos respecto á la turba de cortesanos que acudían al cebo de una realeza inédita.

El tránsito á los ochenta y un años de su edad, un domingo de que este 8 de Noviembre se han cumplido los cuatro siglos. Como ordenara, su cadáver, transportado á Alcalá, reposó primero en la capilla universitaria, luego en la iglesia magistral. Aquí permanecen los despojos.

El destino aproximó muertos á los que, viviendo, mostráronse desavenidos. Las mismas bóvedas cobijan los sepulcros de Cisneros y de Carrillo; aquél, entre el altar y el coro, como lugar de honor, luciendo el prodigio de reja labrada por los Vergaras con manos que envidiara Benvenuto; el otro, bajo menos aparato escultórico, á pocos metros de la puerta.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CAMARA-FOTO

LA BEATA BEATRIZ

Hermosa obra pictórica de Dante Gabriele Rossetti, existente en la Galeria Tate, de Londres

LA PINTURA INGLESA

EL ARTE APASIONADO DE ROSSETTI



“El ensueño del Dante”

El lirismo íntimo, ardiente, agitado por la inquietud de una misteriosa fiebre, que caracteriza al arte de Dante Gabriel Rossetti, se halla expresado con toda su intensidad en la *Beata Beatrix* de la «Tate Gallery».

Representa á la amada del Dante, en el momento que recibe la revelación de una vida nueva. Su figura, tremante de éxtasis amoroso, se recorta á contra luz delante de una ventana de su palacio, en Florencia. La calma luminosa del atardecer le aureola la cabeza y siente flotar en su vibración, con las líneas esfumadas del Arno, del puente, de los florentinos palacios, las sombras del Dante y del amor, con un corazón inflamado y una súplica en la actitud. En el borde del ventanal, un cuadrante solar marca á Beatriz la hora fatídica. A sus manos acude una paloma—como en las místicas Anunciaciões—llevando en el pico una adormidera blanca, alegórico emblema del amor casto, que la muerte divinizó.

«Yo no quise—dice Rossetti, hablando de este cuadro—representar la muerte, sino la angustia que domina á Beatriz, súbitamente extasiada. A través de sus párpados cerrados, tiene la conciencia de aquel mundo nuevo que las últimas palabras de la *Vita Nuova* expresan: «*Quella beata Beatrice che gloriosamente mira nella faccia di colui qui est per omnia sæcula benedictus.*»

Es, sin embargo, el mortal tránsito de la amada, lo que Dante Gabriel Rossetti eternizó en *Beata Beatrix*, como es el presentimiento de esa muerte y aun de la muerte propia, lo que flota sobre el *Dante's dream* de la «Walker Art Gallery», de Liverpool.

El ensueño del Dante fué concebido y fijado el año 1855 en una acuarela. Lo empezó, como cuadro, el año 1869, y no lo terminó hasta el año 1881, pocos meses antes de morir.

También ha elegido para simbolizar su pasión

humana, un episodio de la *Vita Nuova*. Es el momento en que Dante sueña que un ángel le conduce hasta el cuarto de Beatriz, que acaba de morir. El ángel se inclina para besar el rostro pálido, y atrae al poeta, que camina como un sonámbulo; dos mujeres sostienen el velo florido que cubre el lecho de Beatriz...

La muerte del *Dante's dream*, la extasiada de *Beata Beatrix* tienen el mismo rostro. Es el rostro melancólico que asoma en los cuadros, en los dibujos de Rossetti: que tiende una apasionada tristeza sobre sus poemas.

Es el rostro de Elizabeth Siddal, que antes de ser su esposa fué, durante diez años, su modelo y siempre su erótica obsesión.

Dante Gabriel Rossetti se casó el año 1860, y su mujer murió tísica dos años después. Trágicamente nubladas quedaron la vida y la obra del artista para siempre, por este amor que la insaciable segó.

Incluso este rostro que el poeta pintor daba á todas sus heroínas y que imponía la snueta enfermiza hasta en los retratos de otras mujeres, pasó más allá de la obra total de Rossetti. Le vemos vagaroso, pero indudable, en los cuadros de Burne Jones y en los dibujos decorativos de William Morris, discípulos del autor de *Ecce Ancilla Domine*.

Es una apasionada y decadente oferta de belleza á la amada sombra, lo que da al arte de Rossetti esa incoherencia mística, esa evocación constante de castos deliquios, ese fatal renunciamento á lo que pueda ser fecundo y vigoroso.

Es también lo que desde su labor poética ha pasado á la de otros poetas ingleses, como Algeon Charles Swinburns, por ejemplo.

Su más célebre poema, *The blessed damozel*, vibra en esa calenturienta visión del más allá, de cuándo le sería posible reunirse con la «bien



“Miss Siddal”



"La "toilette" de Lili"



"La mujer de la llama"

amada» en el cielo como en otro tiempo sobre la tierra.

ooo

Siendo el menos prerrafaelista del grupo de los siete miembros de la Asociación *Pre-Raphaelite Brotherhood*, en el sentido de su innegable desdén por los principales artículos de la preceptiva pictórica que á sí mismos se impusieron los tres fundadores, parece ser quien mayor pureza pone en su credo prerrafaelista.

Y digo prerrafaelista, porque el definidor del vocablo y de la escuela, Holman Hunt, afirmó que no significaba su rebeldía frente al academicismo y clasicismo de la pintura inglesa, en la primera mitad del siglo XIX, un retroceso *primitivista* á los maestros anteriores á Rafael.

No era nuevo el caso de esta agrupación de varios artistas en torno de un ideal común, sometidos á una estética colectiva y añadiendo ingenuamente á su firma unas iniciales enigmáticas. Había el precedente alemán é inglés de las *cofrades Nazarenos* y *Poetic Brotherhood*, respectivamente.

Los tiempos heroicos del prerrafaelismo duraron escasamente nueve años. Los suficientes para hacer triunfar con un esfuerzo común las tendencias aisladas de Millais, Hunt y Rossetti desde 1848, en que se reunieron en casa del primero los dos últimos, y ante una reproducción de las pinturas de Gozzoli y Orcagna, del *Cementerio de Pisa*, acordaron ilustrar el poema *Isabela*, de Keats, con un criterio francamente realista, hasta que en 1857 cuentan su ganancia de doce millones; desde que en 1850 exponían: Millais, *Cristo en casa de sus padres*; Hunt, *Los Misioneros cristianos* y Rossetti, *La Anunciación*, y excitaban la cólera de Dickens, hasta que Stephens, uno de los primeros P. R. R., ejerció la crítica de Arte en el *Times*, y Ruskin, el gran defensor de los prerrafaelistas, arrastraba detrás de sí, en la admiración hacia ellos, á Carlyle, Tennyson, Coventry, é incluso al propio Dickens, que les acusó de «ir al fondo de lo miserable, odioso y repulsivo».

El credo prerrafaelista se ba-

saba en varios principios que cándidamente creían incommovibles y únicos: el dibujo minucioso y detallista; la pintura directa sobre el lienzo, libre de las preparaciones y martingalas que se empleaban en Inglaterra y en Francia, por los años de 1835 á 1850; el respeto al natural, en modelos vivos, sin alterar lo más mínimo sus rasgos fisonómicos, ni mezclar á él ninguna evocación idealista; el realismo intransigente, «sin la menor mezcla de falseamiento imaginativo».

¿Respetó esos preceptos Dante Gabriel Rossetti? Ni remotamente. No hallamos esa precisión detallista sino en algunas de las ilustraciones de sus poemas y de las obras de Tennyson; en sus cuadros hay esfumadas vaguedades.

Establece de antemano un sistema de preferencias coloristas: «1.º, el verde puro, claro y cál-

do; 2.º, el oro viejo; 3.º, ciertos grises; 4.º, el azul sombrío ó acerado; 5.º, el púrpura; 6.º, el escarlata.»

Desdeña la realidad, hasta el punto de buscar su inspiración en figuras místicas, en los pasajes de la *Vita Nuova* y en las leyendas italianas é inglesas de la Edad Media, ó procura simbolizar su apasionado amor á Elisabeth Siddal en alegóricas escenas.

Madox Broan, su maestro y el verdadero padre del prerrafaelismo, confiesa que, «lejos de detestar los maniqués, tenía dos ó tres magníficos», sobre los cuales colocaba las vestiduras de sus princesas de ensueño.

En cuanto á no pintar nunca una figura sin un modelo vivo, Henry Guilter, en su *Preferencias in Art*, dice que «tenía la costumbre de pintar sus acuarelas *sin modelo*».

Y, por último, ya hemos visto que, á través de los retratos femeninos, los rasgos dolientes y nostálgicos de su amada surgen siempre.

¿Qué importa, después de todo, esa infidelidad cometida por Rossetti con las teorías de la Hermandad prerrafaelista?

Roberto de la Sizeranne, en su admirable obra *La peinture anglaise contemporaine*, defiende este legítimo derecho á pintar cada uno el ensueño de su alma y la visión de sus ojos: «Debe tenerse en cuenta, que esa teoría estrecha y realista no fué nunca más que un método de formación, para uso de unos jóvenes pintores de veinte años; imaginado como un instrumento de trabajo que luego pudieran arrojar; un cuaderno de estudio, no un plan; un manual de aprendizaje, no la biblia de un ideal; un camino, no un término.»

Y gracias á ello, el lirismo apasionado que hay en los *Poems* (1870) y en las *Lallads and Sonets* (1881) del poeta, no se rectifica en toda la serie de lienzos ungidos de poesía y de amor que fué pintando Dante Gabriel Rossetti, ante la resignada dulzura de Elisabeth Siddal ó evocando esa misma resignación dulce con que ella sentía acercarse la muerte...



"La parábola de la viña"



Los supervivientes

DURANTE tres años, Carlos y Niní han oído á abuela Aldonza y á abuelo Rodrigo decir todos los días sobre unas cincuenta veces, que la guerra es un castigo que ha enviado Dios sobre el mundo, que había vuelto á los tiempos de Nínive y Babilonia; todos los días, durante tres años, en la vieja casona de labor, perdida en la yerma y altiva nobleza segoviana, han oído hablar de Castilla madre, de las virtudes seculares y de *la Raza* (así, con mayúscula). Cada vez que Niní se ha quejado de que el baño estaba frío, le han recordado á Isabel la Católica no mudándose de camisa en todo el tiempo que duró el sitio de Granada; cada vez que Carlos ha protestado del cocido, le han mentado la frugalidad de los viejos reyes, y si pedía el coche, á pretexto de que anochecido era peligroso volverse á caballo, no ha faltado la evocación de Favila luchando con el oso. Ni un día ni una hora, sin que les repitiesen los abuelos, con íntima satisfacción, que esta guerra era una expiación y que de ella saldría el mundo limpio y purificado.

Y lo más extraño era que, si ellos intentaban protestar, *mamá*, *mamá* que tres años antes tomaba el té en *Sans Soucci*, vestida por Poiret, y cenaba en *Ciro's* con *toilettes* de Bechoff, mostrábase la más entusiasta para acoger la calurosa hipótesis del fuego del cielo.

Mamá era muy rara; su complicada psicología hacía huir del viejo caserón, encontrar á los abuelos *encombrentes*, todas las *pamplinas* de razas extra, sencillamente *demodées* y la vida honesta y seria de España *asomant*, cuando no tenía dinero, y en cambio convertirse en una Casandra con traje pasado de moda, cuando le faltaba el precioso metal. Y como la pícaro guerra, suprimiéndole unas cuantas rentas, le había puesto momentáneamente en tal situación, he ahí el secreto.

Pero las cosas se iban arreglando: una acciones subían; los alemanes habían permitido que, como extranjera, retirase unos fondos, y la vida comenzaba á no ser tan fea y el fuego del cielo mucho menos preciso.

En estas críticas circunstancias, la primera observación que hizo *mamá*, fué la de que había engordado *de un modo terrible*. Efectivamente, la existencia sedentaria y el régimen de cocido, aun comido con cierta escama, había hecho ganar cuatro ó cinco kilos.

La segunda observación, no menos dolorosa, fué la de que la atmósfera campesina le cortaba el cutis. Si un peligroso afán de investigación nos llevase á buscar las verdaderas razones, nos hallaríamos con que la dama, si bien había seguido con sus masajes nocturnos y algunos menurjes y secretos de perenne belleza, había, en cambio, más por economía que por cristiana modestia, suprimido otros. Lamentóse, pues, de ello y hasta llegó á insinuar que, de seguir las cosas así, tendría que dejar *el dichoso campo*. Esto último repitiólo varias veces con la santa intención de que Niní y Carlos se agarrasen á ello como á un clavo ardiendo, y entonces, por llevarles la contraria y en nombre de la sensatez, de cuya representación se creía investida, quedarse, por lo menos, una temporada más. Pero como la conocían, guardáronse bien de ello, y dejada á sí misma se decidió.

Un día, en el comedor, lanzó la bomba:

—Niní y Carlitos están desesperados y quieren irse.

Los interesados callaron, acostumbrados al prurito de la dama de



darse como víctima y atribuir sus propios deseos á los demás. Ella prosiguió:

—Yo no quería, pero se han puesto tan pesados...

La abuela come muy de prisa y se atraganta; el abuelo hace bolitas de pan. Entonces *mamá*, como si la sola y vaga enunciación del proyecto fuese la decisión firme, de prisa, muy de prisa, traza el plan completo. Y tres días después se van camino de París.

Mamá ha machacado sobre ello todo el día. «No os hagáis ilusiones. París ya no es el París que nosotros conocimos; ahora hay aquí una sobriedad y una modestia ejemplares. No os choque que yo sienta escrúpulos de ir al teatro á pesar del tiempo que llevo aquí.» Habían llegado la tarde antes y *mamá* se viste modestamente una túnica «*Salomé*» de tul negro con bordados de oro y zócalo de *renard*, mas un sombrero un poco *cocotte* á pesar de *la natural modestia*.

¡Por fin van á ver *la pieza patriótica*, ante un público de enfermeras y de lisiados! La pieza es verde y tirando á libertina; el público el de siempre: no muy *chic* pero compuesto de gentes de todos pelajes. De pronto *mamá* lanza un grito. En un palco han entrado tres tipos de la fauna cosmopolita: una mujer exageradísima, un *gigolo* equívoco y un hombre joven semi-dandy, semi-bohemio. Y *mamá* sonríe triunfante:

—¡Veis, veis! ¡Si ya lo decía yo! ¡Son los de siempre!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ECHEA

OCULTISMO

La cacería terminó felizmente, esto es, sin que lamentáramos ninguna desgracia. Hasta los canes resultaron ilesos. Por lo demás, las piezas cobradas fueron pocas; pero esto, después de todo, era secundario. Dispuesto ya el retorno, teníamos que aguardar en el mesón el paso de la diligencia que nos condujese al ferrocarril. Era una noche invernal, tremendamente cruda; por las grietas del portón se colaba el cierzo sutilísimo, que nos arreciaba, bajo los capotones. Agrupados en redor de la lumbre, tiritábamos, sin que bastase á impedirlo la pujante fogarata de retamas y olivos que ardía en el hogar.

Hablábamos de banalidades. Largas pausas interrumpían la conversación, vacua de interés. Flotaba en el ambiente algo impreciso y vagaroso que propendía á la inquietud. Alguien citó el caso, tan repetido, de ir pensando en el amigo largo tiempo ausente, y encontrárselo de manos á boca, al volver una esquina.

—Hay casualidades muy curiosas—dijo Paquito Blanco, frívolamente. Pero Ernesto Andría protestó:

—¿Casualidades? ¿Por qué hemos de llamar casualidades á los hechos cuya explicación no se nos alcanza? Si James Watt hubiese creído que sólo por casualidad se movía la tapa de su cafetera, tal vez se habría retrasado siglos la invención del ferrocarril. Acaso entendieran los antiguos que por casualidad el ámbar frotae atrae los objetos livianos; pero desde que el fenómeno se estudió en debida forma, la idea de la electricidad y del magnetismo fué tomando cuerpo. Pensamos en Fulano, á quien no vemos desde años atrás, y, cual obediente á un conjuro, Fulano se nos aparece. Eso que llamamos «corazonadas», ¿qué son sino manifestaciones de una fuerza desconocida, de un flúido ignoto, que nos avisa la proximidad de bienes y males? Una corazonada de algo aciago sintió César al encaminarse al Senado la trágica tarde de los idus de Marzo. Una sensación semejante experimentó Abraham Lincoln al dirigirse al teatro, donde halló la muerte. ¿Por qué ocurre todo esto? Para explicar lo inexplicable, se ha inventado la palabra «telepatía». Otros hablan de «ocultismo». En resumen: palabras, palabras. Pero en el fondo, algo muy grande que sentimos muy cerca, y cuya explicación está todavía muy lejos.

—Eso es verdad—dijo Federico Antúnez—. Vivimos una vida externa, y nada sabemos del mundo interior. Siempre recordaré con asombro un suceso del que fuí protagonista. Cuando murió mi madre, no me atreví á acompañarla al cementerio. La quería demasiado para resistir el trance cruel. Apenas transcurrido el novenario, tomé un coche para visitar su postrer morada. Pero al llegar al camposanto, caigo en la cuenta de que no sabía el emplazamiento de la tumba. Un cementerio en las grandes urbes es como ciudad populosa con sus barriadas y sus calles. Imposible orientarse sin conocer el nombre del patio, el número de la fila y el de la sepultura. El conserje, á quien quise interrogar, no estaba. Los guardas nada sabían. Me interné á la ventura por la ciudad del no ser. Inconscientemente, anduve un rato, hasta que, sin darme cuenta, me detuve ante un sarcófago. Sobre la losa, provisionalmente escrito con pintura negra, había un nombre: ¡el de mi madre! Ese instinto desconocido, corazonada ó como le llamemos, me guió á través del dédalo necropolitano hasta decirme: «Aquí está lo que buscas».

—Pues «mi caso» es aun más típico—exclamó Jorge Valtierra, que hasta entonces había permanecido silencioso—. Recordaréis mi viaje sentimental de hace tres años... Por si alguno lo ignora, lo diré en síntesis. Quise á una mujer con locura, y fuí burlado por ella. Ganoso de olvidar, empecé un largo paseo por Europa, dejando á mi padre, viejo y achacoso, al cuidado

de un antiguo ayuda de cámara y de su mujer, personas de confianza absoluta, que habían de velar por el pobre anciano con tanto esmero como yo mismo. Tranquilo sobre este particular, díme á recorrer el mundo, como si huyera de algo, sin pensar que el enemigo de quien quería alejarme, lo llevaba en mí mismo, dentro del corazón... Á mayor abundamiento, cometí la tontería de incluir en el equipaje un retrato «suyo», y mi primera tarea, al instalarme en un hotel, era colocar la efigie en lugar preferente, donde pudiera verla al abrir los ojos cuando despertaba.

—Te advierto que no necesito que me enseñen más que lugares de placer—le dije—. Vengo saturado de Arqueología y de museos. Quiero ver cosas que me hablen de la vida y que me reconcilien con ella.

—Así lo haremos—exclamó Felipe—. Ahora, si te parece, vamos á comer. Después, al Acuarium. Y, por si quieres enterarte de cosas de España, toma algún periódico de Madrid, de los que han llegado en el correo de esta tarde.

Cogí al azar dos ó tres, cuyas fajas aún no habían sido rotas. Comimos en un restorán lujoso de la Perspectiva Newsky, y marchamos al espectáculo, de cuya fastuosidad no tenemos idea por aquí. Abundaban las mujeres hermosas de todas procedencias, sobre todo las rusas, que, cuando se ponen á ser guapas, empuñan á todas las demás. Cierta que entre ellas están las circasianas, consideradas, con razón, como las mujeres más bellas del mundo. Por extraño que parezca, visto desde estas latitudes, hay rusas de mirar de fuego, que parecen nacidas en Andalucía; y si á esto se añade la circunstancia de que el idioma ruso se parece en la modulación al nuestro, al acercarme á los grupos de beldades parecíame no haber salido de España.

Una, entre todas, me agradó sobremanera, porque se parecía de un modo absoluto á la ingrata cuyo recuerdo me perseguía. Eran sus mismos ojos, de mirar profundo; su misma sonrisa, idénticos sus graciosos mohines y los menores detalles de su rostro. Solamente desvaneciase la ilusión oyéndola hablar. Excuso decir que Felipe me presentó á ella, y no me separé de su lado en toda la noche.

—¡Bah! ¿Y era ese el caso curioso?—dijo Paquito Blanco—. La semejanza de las dos mujeres fué, de seguro, un fenómeno de autosugestión. Pensabas en una y creíste hallarla reproducida en otra, que también te gustaba.

—No, no es eso. Transcurrió la noche alegremente. De madrugada, Felipe me acompañó hasta la puerta del hotel. Subí á mi habitación presuroso, ávido de mirar el retrato de la pérdida para convencerme más y más de su semejanza con la rusa. Cuando abrí la puerta, mi primera mirada fué para el cuadro. Calculad mi asombro al ver, substituyendo al rostro dorado, la efigie de mi padre, viejo y achacoso, tal como estaba cuando le abracé despidiéndome para mi excursión. Eran los rasgos tan precisos, y de tan rara semejanza con el original, que tuve que tocar el lienzo para convencerme de que estaba alucinado. Al aproximarme á la pintura, resurgió la imagen femenina. Preocupóme el lance, y me produjo disgusto conmigo mismo. Con la rapidez de mis cambios de residencia, llevaba cerca de dos meses sin saber del pobre viejo. Escribíame con frecuencia, generalmente limitándose á firmar las cartas que dictaba al bueno de Bautista. En Constanza había recibido la última, doce días antes... Apesadumbradísimo, me culpé de ingrato, de mal hijo, haciendo voto de volver muy pronto

al hogar paterno... Mientras me desnudaba, cayó al suelo el paquete de periódicos que me dió Felipe, y que olvidados yacían en un bolsillo del gabán. Maquinalmente rompí la faja de uno de ellos... Lo primero que vieron mis ojos fué la esqueleta de defunción de mi padre.

Este es el caso extraño de telepatía que me acaeció, llenándome de pena y arrepentimiento. Eso sí, actuó como cauterio en la herida de mi corazón, que aún sangraba... Desaparecieron en absoluto mis entusiasmos por la mujer que me hizo olvidar mis deberes filiales. Al día siguiente, antes de tomar el ferrocarril que debía aproximarme á España, cogí el retrato y lo arrojé al Neva.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE VARELA DE SEIJAS



Varela de Seijas

y antes de cerrarlos para dormir... ¡cuando dormía! Engañábame puerilmente, diciendo que de este modo no dejaba de odiarla, cuando, en realidad, lo que hacía era remachar más y más el clavo... Era el retrato un busto admirable, pintado por un artista de talento que ya goza merecida celebridad. La reproducía maravillosamente, con su sonrisa á un tiempo agradable y diabólica; era ella, ella misma, asomándose al lienzo como á una ventana...

El retrato y yo recorrimos media Europa. Londres, París, Italia entera, Suiza más tarde, Alemania después... Hallándome en Berlín, sentí curiosidad por conocer Rusia, y al punto marché á Petrogrado. Mi primera visita en la ciudad de los zares fué para Felipe Valladares, que estaba de agregado á nuestra Embajada, y se brindó desde el primer instante á servirme de *cicerone*.



Vista panorámica de Granada. Al fondo,



la Torre de la Vela y la Alhambra

«Quiero vivir en Granada, porque me gusta el oír la campana de la Vela cuando me voy a dormir.»

GRANADA y Almería, las ciudades moriscas que tienen más fuertemente impreso el sello árabe, guardan entre sus monumentos las viejas Torres de la Vela, que conservan en ellas siempre su primitivo carácter, porque todo el ambiente que las rodea tiene ese sensualismo místico y triste del alma árabe.

En el siglo transigente en que vivimos ha vuelto a darse a todas las cosas su va'or; las ruinas del arte árabe han vuelto a libertarse, a recobrarse en sí mismas, y hasta hemos llegado a echar de menos su romántico poderío al contemplar su belleza.

La Torre de la Vela, de Granada, se alza robusta y firme sobre la cima del monte en que se amurallan los palacios de la Alhambra. Está dividida en dos estancias de bóvedas cilíndricas, de ladrillo y mármol, y es la torre más famosa de toda la fortaleza, la antigua torre de «Giarfar», sobre la que se hicieron tremolar la Cruz del Redentor, el pendón del apóstol Santiago y las banderas de los Reyes Católicos, el día en que los vencedores cristianos entraron triunfantes en la ciudad, el 2 de Enero de 1492.

De poco después data la campana de la Vela, esa campana tan popular, á la cual canta siempre la musa del pueblo, y cuyos tañidos, al rodar desgranándose en el aire, tienen para los granadinos algo de manto cobijador y afable. Es una vieja madre que les habla de toda la historia de su infancia, que los acaricia y que, ya cansada y caduca, todavía parece protegerlos.

Porque desde esta plataforma de la Torre de la Vela daban aviso los vigías de la rebelión de los moriscos y de todos los movimientos que observaban en la amplia llanura, y después, en su época cristiana, en su tiempo de decadencia, no se ha resignado á ser sólo la voz prosaica que, con los sonos de la campana, puesta allí con ese objeto, no tuviese más misión que presidir la distribución de aguas en los riegos de la vega.

Siempre que algún peligro ha amenazado á la ciudad, la voz de la campana se ha dejado oír en todos sus ámbitos. Ella tocó á rebato en 1843, cuando el alzamiento de Granada contra Espartero; y durante el período revolucionario, del 68 al 73, conmovió el espíritu de la ciudad, frecuentemente, con sus llamadas.

Ahora, en circunstancias normales, sólo suena de noche, á intervalos, empezando á las ocho de la noche hasta las cinco de la mañana. Los que comprenden sus toques hacen de ella su reloj.

Es una compañera en vela siempre, porque lo más que calla en toda la noche, son sólo seis minutos. A las ocho da nueve campanadas, y cada seis minutos, de las nueve á las diez, da cinco campanadas. A las diez da cuatro, y desde esa hora da dos cada cinco minutos. A las once su repique, pues á eso equivalen sus treinta y tres campanadas, y sigue dando tres campanadas cada cinco minutos desde las once á las doce, y una desde las doce á la una. Desde esa hora da una campanada más que la que marca el reloj á las horas, y la que éste señala á cada cinco minutos, hasta las cuatro, en que resuenan de nuevo treinta y tres piadosas campanadas, para las «Ave-marias». A las cinco da cinco campanadas, enmudece y no vuelve á sonar hasta las ocho de la noche.

De día sólo deja oír su voz en ocasiones solemnes: el 2 de Enero, aniversario de la Reconquista, y el primer sábado de Octubre, desde las doce de la mañana hasta la puesta del sol del siguiente domingo, en el que se celebra la fiesta de la Virgen del Rosario y la victoria de D. Juan de Austria sobre los turcos, en Lepanto.

Estos días se permite tocar la campana á la gente del pueblo, y mozas y mozos acuden en tropel (y también viudas y viudos), porque es creencia general que los que hacen sonar la

campana, se casan aquel mismo año. Es para ellos la campana de los amores, una voz que rige su destino, algo de divino que representa la ciudad y figura en su escudo. La campana deja así de ser una cosa inanimada, y toma parte en su vida, como un sér viviente y providencial. Esa suave melodía que hay en la canción de las campanas. Esa música, esa sugestión de la voz que llama, acompaña y advierte, presidiendo en nuestra vida.

De la Torre de la Vela en Almería, apenas queda un lienzo ya. La campana pende de un arco, sobremontado por la cruz, entre las ruinas de la muralla almenada del segundo recinto.

En un orden diverso, es tan poética la alcazaba de Almería, en su desnudez, su aridez, su abandono, su esterilidad; en ese cerro, sin más vegetación que raquílicas atochas y zarzas y jaramagos, desmedrados y sequerizos, como la soberbia Alhambra con sus bosques, sus cármenes poblados de flores y de ruiseñores, el encanto de sus fuentes y el magnífico panorama de la Sierra Nevada, ofreciendo la belleza del misterio y de las nieves eternas sobre la tumba de un monarca.

Porque la alcazaba tiene á sus pies una ciudad blanca, de casitas bajas, dormida en su sue-

ño semi oriental, y delante, el panorama espléndido del Mediterráneo, con sus aguas azules, bajo ese cielo azul de luna, sereno y claro, de una diafanidad incomparable.

Esta campana es lo único que, además de los reptiles, que hacen rodar las piedras al arrastrarse y nos hielan la medula con el silbido frío y penetrante como su sangre sin color, rompe el silencio.

Ella fué también colocada en esa torre desde la que los moros vigilaban los riesgos del mar, por la previsión de los Reyes Católicos. Ella, como la de Granada, sirvió para regular los riegos de la vega del Andarax, y avisa además la entrada de los vapores, dando dos campanadas para los de Poniente y una para los de Levante; ella, también, sirvió para tender su voz protectora sobre la ciudad, en los momentos solemnes; ella, también, acompaña en las noches largas y melancólicas de Andalucía, á los almerienses; ella, también, se hace amada y materna, también acaricia y cobija, y cuando, después de mucho tiempo, volvemos á oírla, es algo querido y arraigado que evoca nuestra infancia.

Muda de día, deja oír su tañer desde las diez de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Menos complicada que la otra, repica á las diez y sigue dando tres campanadas cada cuarto de

hora hasta las once, en que da cuatro cada cuarto de hora. A las doce da una cada cuarto de hora, y después una campanada más de hora en hora, que se repite á cada cuarto, hasta las cuatro, en que termina con un nuevo repique, dándonos la impresión de que ella toca sola ó de que algún sér invisible, en vez de su viejo campanero, mueve la cuerda en las sombras y desaparece con el día.

No hay en Almería la creencia que lleva á los mozos de Granada á tocar su campana de la Vela; el pueblo de Almería no sube á su alcazaba; es una cosa romántica y solitaria que se arruina, se desmenuza y se pierde; unas piedras sagradas en las que no se repara y que quizá son de los viejos monumentos más típicos y de más carácter que quedan de la España árabe.

Pero los que estmos habituados á escuchar, en las largas noches sin sueño, la voz metálica y sonora de esa campana laica que convive con nosotros cuando callan todas las demás, comprendemos la nostalgia que engendra en nuestras noches la falta de esa voz amiga, escuchada entre sueños, que nos dice algo muy dulce, como una esperanza, que apenas podemos entender.

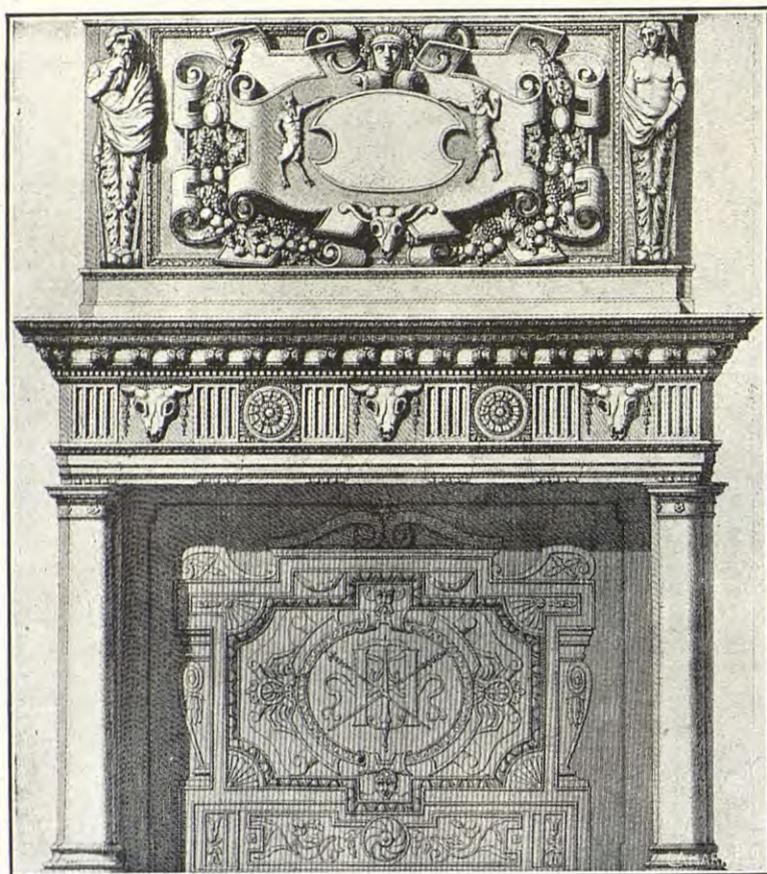
CARMEN DE BURGOS
(Colombines)



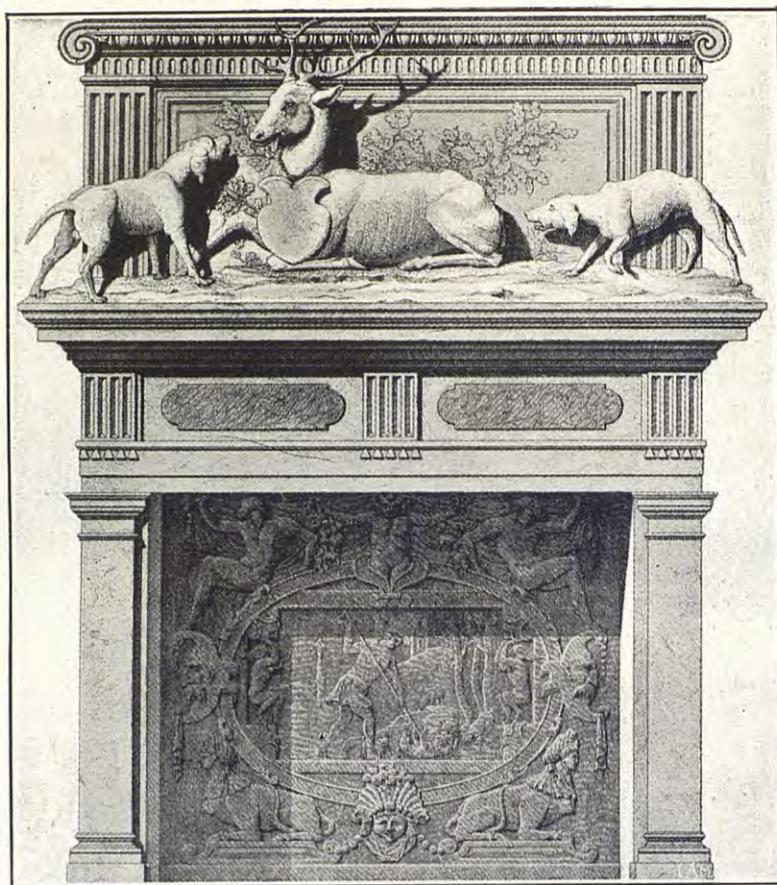
OBRERAS DE UNA GRANJA AGRÍCOLA REEMPLAZANDO A LOS HOMBRES EN LAS FAENAS DE LA RECOLECCIÓN, MIENTRAS DURA LA GUERRA

Dibujo de S. Ugo

AL AMOR DE LA LUMBRE LAS CHIMENEAS DE ANTAÑO



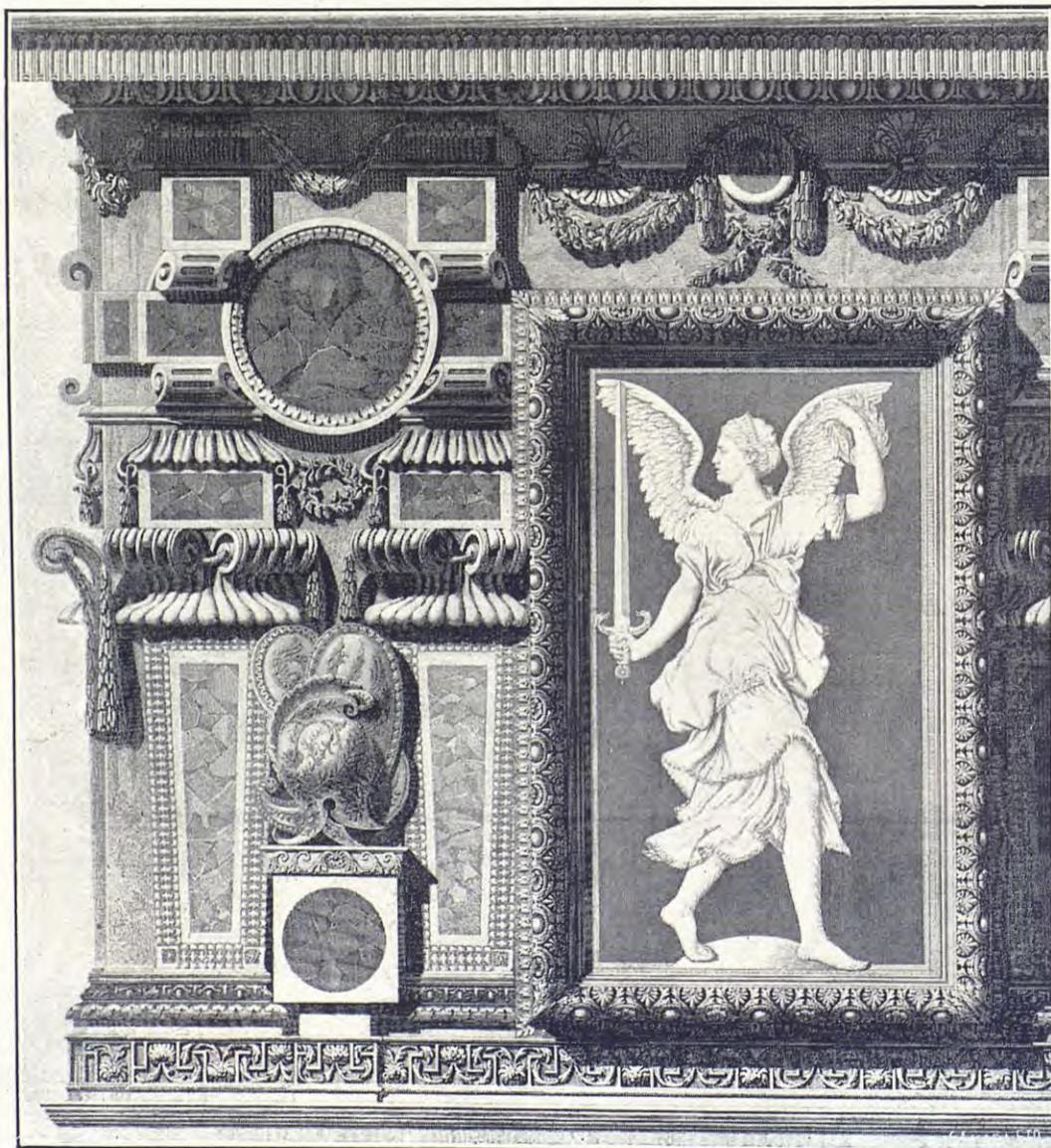
Chimenea de piedra del castillo de Baynac (época de Enrique IV)



Chimenea de una casa de Sarlat (época de Enrique II)

HAN llegado los primeros fríos. Las madres de familia piensan con espanto, aleccionadas por lo ocurrido durante el pasado invierno, en el acrecentamiento del presupuesto casero con el gasto de carbón para encender la chimenea ó el humilde brasero de nuestros antepasados.

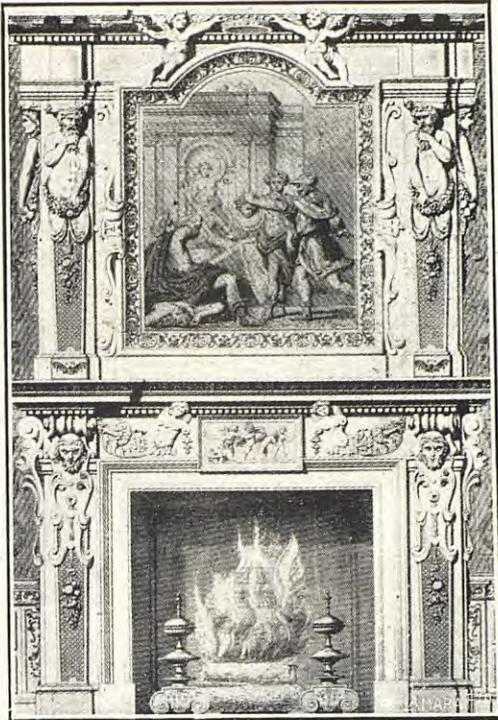
Si durante el otoño ha habido graves dificultades para abastecer de hulla á las fábricas de gas y á otras numerosas industrias, imaginad qué ocurrirá, apenas el frío apriete un poco y se cubra la tierra con las heladas mañaneras ó caigan las primeras heladas. Apenas hay casa moderna que no tenga instalada la calefacción por agua caliente. En los sótanos de los modernos edificios hay unos hornos, que es preciso tener abarrotados de carbón para que se distribuya por todos los pisos el suave y húmedo calor de los radiadores. En las casas que se construyeron en el anterior período de expansión de Madrid, cuando el marqués de Salamanca inició la formación del barrio que lleva su nombre, rara es la que no tiene numerosas chimeneas, que en su mayoría se alimentan con carbón de piedra. Así, el consumo de la hulla, en



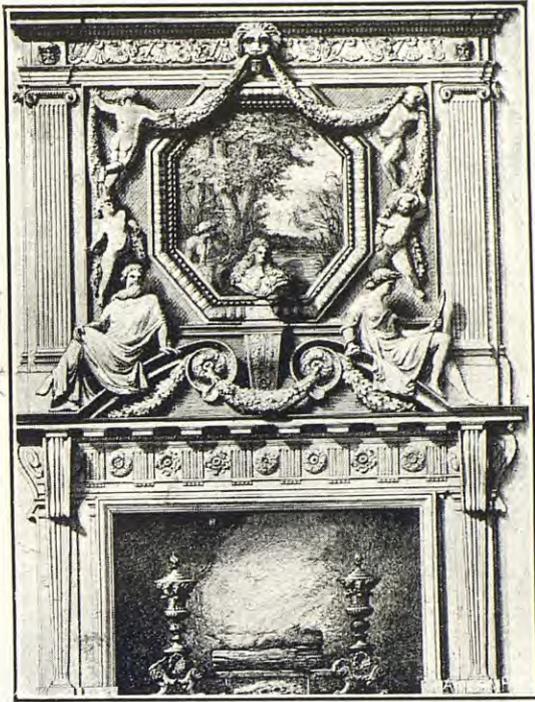
Chimenea de la "Sala Napoleón", del castillo de Ecouen (época de Enrique II)

sus varias formas, casi se duplica cuando llega el invierno y los carboneros se aprovecharán de ello para burlar la tasa, como hicieron el año pasado.

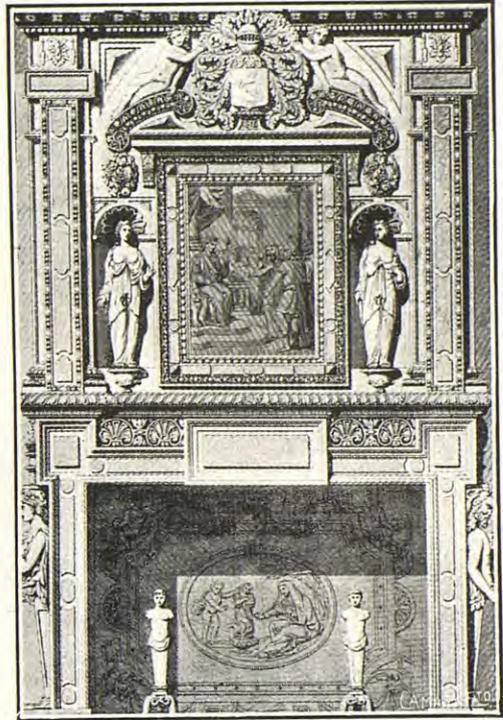
No le queda á España el recurso á que ha apelado la Argentina ante el conflicto del encarecimiento y de la escasez de la hulla; cortar leña en sus inmensos bosques que se extienden en los confines de la nación: al Este, en las faldas de los Andes, y al Norte, en el Chaco inmenso cuyos límites se confunden en las selvas vírgenes del Brasil y de Bolivia. No sólo esto ha sido una solución, sino que representará el anticipo de un enorme progreso, porque alcanzando buen precio la leña y aumentando, por justa proporción, el de la madera laborable, resultará remunerador construir aceleradamente ferrocarriles para transportarla, que sin esta crisis hubiesen tardado muchos años en llegar á cruzar el despoblado territorio. Una vez construida la vía férrea y talado el bosque, los bordes de ese camino se colonizarán rápidamente. He aquí un símbolo de esta perturbada edad: la calefacción empujando al Progreso; antaño le impulsaban el vapor, la electricidad, la radio-



Chimenea del dormitorio del rey Luis XIII, en el casti.lo de Cheverny



Gran chimenea de la villa de Lyon, en los tiempos de Luis XIV



Chimenea estilo Luis XIII de la sala de los Guardias, en el Hotel de Vogüe, en Dijon

graffa... Ahora, la minúscula necesidad de calentarnos las manos...

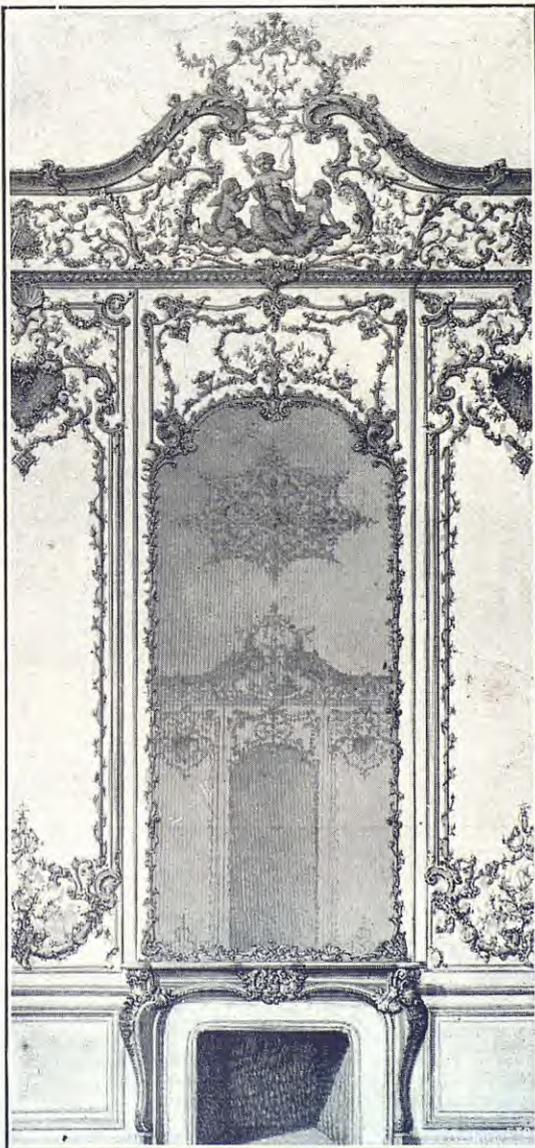
A España no le queda medio de apelar á esa solución. Nuestros menguados bosques más piden repoblación que tala. La leña es tan cara como la hulla. Y, además, no tendríamos dónde quemarla, porque de las casas modernas han desaparecido las antiguas chimeneas campanudas. Hasta en esto fueron más afortunados que

nosotros nuestros antepasados, quienes supieron vivir al amor de la lumbre. La chimenea, á la que, en una afortunada antonomasia, se llamó también *hogar*, era una parte de las casas antiguas, tan importante y necesaria como la alcoba ó el comedor. Tenía su alta representación de obra de arte en los castillos y palacios, en las moradas de los señores y los ricos, y tenía su intensa significación democrática en la casa de los villanos, de los menestrales y los labriegos.

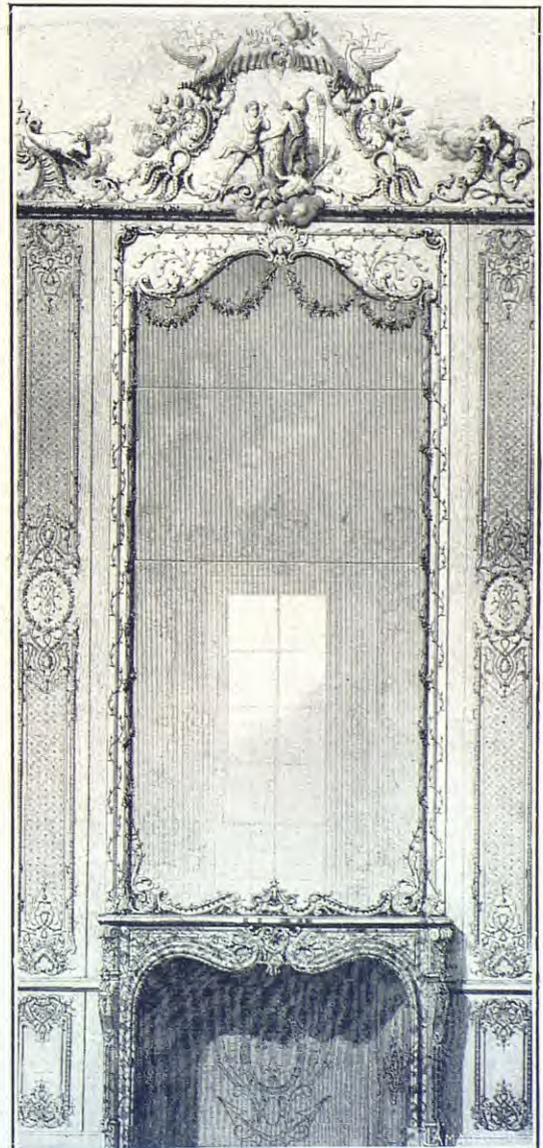
Al amor de la lumbre, colocado su sitio á la derecha de la amplia campana, esperaba la castellana, rodeada de sus dueñas y doncellas y pecheros, el regreso del señor, que había ido con sus mesnadas hasta la frontera agarena. Allí se hilaba en la rueca, se repasaba el libro de horas y se rezaban las oraciones, mientras la tempestad bramaba en el cercano monte y la guerra rugía sus odios religiosos. Los que ya somos un poco viejos recordamos aquel éxito inmenso de Rafael Calvo cuando representaba en el escenario del Español el poema de Núñez de Arce titulado *El vértigo*. No era para nosotros una novedad escuchar al divino recitador de versos; pero *El vértigo*, no sólo no era un monólogo, escrito para ser representado, sino que parecía absurdo que aquel poema pudiera dejar de ser irrepresentable. El éxito estaba en el ambiente en que Rafael Calvo lo declamaba. Era el escenario la sala de un castillo feudal. A la derecha se congregaban las damas y las dueñas, los criados y los arqueros y los bufones en derredor de la castellana. Se escuchaba una lejana cantinela y el sonar de un laúd. Era el trovador; era la alegría que se acercaba á interrumpir la monotonía de aquellas horas interminables; era la poesía que llegaba. Así aparecía Rafael Calvo en escena, como un romancista andariego, y ante el concurso cantaba más que decía las décimas rotundas y sonoras del poema de Núñez de Arce. El arte arquitectónico desde los siglos xiv al xviii, llegó en la construcción de chimeneas á agotar su maravillosa inventiva. Y era tal la fuerza representativa que en aquella vida de recia lucha tenía el *hogar*, que sin que el Arte le prodigara sus dones, no hay chimenea de esa edad que no esté llena de infinita poesía. ¿Os acordáis de la Casa del Greco en Toledo? Toda ella es espiritualmente fría; les falta á sus salas algo de intimidad, de delaciones de la vida del maestro... Pero en la cocina está la chimenea, una clásica chimenea castellana, de casa de villanos ó de labriegos, sin adornos y sin detalles: la amplia campana, los poyetes de ladrillo á los costados, las trébedes en medio; á un costado, pendientes de una alcayata, las tenazas y los garfios... Imaginamos que en las frías noches toledanas han acudido á conversar con el Greco los dos Covarrubias, que traen noticias de su hermano, asombrador, con el *Doctor Navarro* y otros españoles, de los teólogos de Trento, y fingimos la presencia allí del prior sabihondo de un convento, de alguno

de aquellos caballeros cuya sutil exaltación espiritual quedó, como documento histórico, en el entierro del señor de Orgaz, del corregidor y del alcalde de Casa y Corte, de algún maestro espadero, de algún orfebre... ¡Oh, quién hubiese podido oír las noticias que allí llegaban del Escorial y de los mentideros madrileños!

MÍNIMO ESPAÑOL



Chimenea estilo Luis XV, del salón del Ministerio de los Trabajos públicos, de París



Chimenea estilo Luis XV, perteneciente al Palacio de Rambouillet

LAS PRIMERAS HOJAS SECAS



En el jardín—donde el verano ardía
ebrio de plenitudes y estridencias,
bajo el sopor del rudo resistero
hecho brasa, cristal, tumulto y gema—,
tu juventud radiante suscitaba
una flagelación de primavera,
y el aire se llenaba de tu risa,
y dabas á las frondas gentileza.

La astucia escenográfica de otoño,
con sensual cautela,
fué trocando las pompas en lamentos
y la fecundidad en decadencia.

Sordina puso al insolente grito;
quitó al calor sus tintas altaneras;
cambió en sollozo el canto de la fuente,
y dió su aristocracia á la tristeza.

Era la luz un aletazo de oro;
era la paz una caricia leda,
y tras las celosías del ramoje,
era el azul, remoto, una promesa...

Embebecida, un árbol te deluvo,
cortando bruscamente tu carrera,
y, en el silencio de la tarde, el árbol
interpuso su voz como una queja.

De sus ramas el aire desprendía,
cruel, las hojas secas,
que rodaban después por el camino
con lastimero son de cosa muerta.

Quisiste sonreír, y vacilaste...
Un gracioso mohín frunció tus cejas.
¿Qué chispa de inquietud saltó en tu frente
—por fortuna, tan frívola y pequeña?

Sólo un instante se encontraron juntas
tu hermosura florida y la hoja seca,
y el bosque de tu abril tembló aterrado,
presintiendo, de Octubre, la hoz siniestra.

A lo lejos, como un fauno maldito,
el otoño acechaba tu belleza:
¡fauno bestial, que no se sacia nunca
y á la Pálida usurpa sus fierzas!...

Pero, después, pasado el desvario,
seguiste recorriendo la alameda,
y al jardín, que iniciaba su agonía,
¡diste el temblor vital de tu inconsciencia!

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE ECHEA

LAS CARRERAS DE OTOÑO



“El vencedor”, apunte del natural por Marín

Se están celebrando las carreras de caballos. El hipódromo de la Castellana es en estos días centro de reunión de la aristocracia de la sangre y del dinero. La más alta sociedad madrileña, cuantas personalidades son relieve y adorno de las fiestas invernales, acuden á estos concursos que la moda ha impuesto como los más interesantes de todos los que atraen la atención y aun apasionan los espíritus. Pudo temerse que el mal tiempo quitara á las carreras uno de sus principales alicientes, porque las nubes amenazaron desgarrarse y el Guadarrama recordó su vecindad con unas gélidas caricias; pero el sol otoñal, buen amigo de los madrileños, ha querido contribuir al esplendor de la fiesta

con los plácidos chorros de su luz. Las pruebas hípcas se celebran brillantemente, en medio de extraordinaria animación, con el concurso de los aficionados más entusiastas é inteligentes. Sobre la arena de la Castellana corren caballos que hicieron célebre su nombre en otros hipódromos, y recientemente ganaron premios importantes en las veraniegas carreras de Santander y San Sebastián. Mientras las pruebas se realizan, en las tribunas se habla de todas las cuestiones que tienen actualidad, pública ó privada: de política, de deportes, de arte, de modas, de enlaces, de bautizos próximos... Y de vez en cuando, las conversaciones se interrumpen para comentar algún incidente del concurso...

Cuentos Extranjeros



PENAGOS

Las emociones de un perdigón rojo

YA saben ustedes que las perdices van en bandos y anidan juntas en los hoyos de los surcos, para levantar el vuelo á la más mínima alarma, diseminadas por el aire como un puñado de granos que se siembra. Nuestra compañía es alegre y numerosa, establecida en el llano, en la linde de un gran bosque, con abundante comida y bellos abrigos á los dos lados. Así, desde que sé correr, bien emplumado y bien alimentado, estoy encantado de haber nacido. Sin embargo, algo había que me inquietaba un poco: el famoso levantamiento de la veda, del que nuestras madres empezaban á hablar bajito entre sí. Un viejo de nuestra compañía me decía siempre á este respecto:

—No tengas miedo, Rojillo—se me llamaba Rojillo á causa de mi pico y de mis patas color de acerola—; no tengas miedo, Rojillo. Te llevaré conmigo el día de la apertura de la caza, y estaré seguro de que no te pasará nada.

Es un viejo perdigacho muy maligno, siempre alerta, porque tiene ya señalado el pecho, y algunas plumas blancas por aquí y por allá. Muy joven, recibió un perdigonazo en un ala, y como esto le volvió algo pesado, mira á todas partes antes de echarse á volar; toma sus precauciones, y sale muy bien del paso. A menudo me llevaba consigo hasta la entrada del bosque. Hay allí una singular casita cobijada bajo los castaños, muda como una madriguera vacía, y siempre cerrada.

—Mira bien esta casa, pequeño—me decía el viejo—; cuando veas subir humo de su chimenea y abiertos el portal y las ventanas, entonces nos irá mal á nosotros.

Y yo, yo me fiaba, sabiendo bien que aquella apertura no era la primera para él.

Efectivamente, á la otra mañana, á punto de día, oí que se me llamaba muy bajito en el surco: —Rojillo... Rojillo...

Era mi viejo perdigacho. Tenía una vista extraordinaria.

—Ven pronto—me dijo—y haz como yo...

Le seguí medio dormido, deslizándome entre los terrones de tierra, sin volar, sin saltar apenas, como un ratoncillo.

Íbamos por la parte del bosque y, al pasar, vi que había humo en la chimenea de la casita, luz detrás de las vidrieras y, ante la puerta, cazadores perfectamente equipados, rodeados de perros que saltaban. Cuando pasábamos, uno de los cazadores exclamó:

—Cazaremos en la llanura esta mañana, y en el bosque después del almuerzo.

Entonces comprendí por qué mi viejo compañero me guiaba desde un principio hacia el oquedal. Al mismo tiempo, el corazón me palpitaba al acordarme de nuestros pobres amigos.

De pronto, en el instante de alcanzar la linde, los perros se lanzaron, á galope, hacia donde estábamos...

—Tranquilízate, tranquilízate—me dijo el viejo, agazapándose; al mismo tiempo, á diez pasos de nosotros, una codorniz, espantada, abrió sus alas y su pico cuanto pudo, y se echó á volar, lanzando un grito de miedo. Oí un ruido formidable, y quedamos rodeados de una polvareda de un olor extraño, muy blanca y muy caliente, aunque el sol apenas había salido. Tenía yo tan-

to miedo, que ni correr podía. Afortunadamente, nos entramos en el bosque. Mi camarada se apretó detrás de un matorral; yo corrí á cobijarme bajo sus alas, y nos quedamos allí escondidos, mirando por entre las hojas.

Por los campos se oía un terrible tiroteo. A cada disparo yo cerraba los ojos, aturdido; después, cuando me decidía á abrirlos, veía la llanura grande y pelada; los perros corriendo, rastreando por las briznas de hierba, por los haces de sarmientos, girando sobre sí mismos como locos. Detrás de ellos los cazadores juraban, gritaban; las escopetas brillaban al sol. Un instante, en una nubecilla de humo, creí ver—aunque no hubiese ningún árbol alrededor—volar como hojas desparramadas. Pero mi viejo perdigacho me dijo que aquello eran plumas, y, en efecto, á cien pasos delante de nosotros, un soberbio perdigacho gris caía en un surco, volcando su cabeza sangrante.

Cuando el sol estuvo muy alto, muy alto, el tiroteo se paró súbitamente. Los cazadores regresaban á la casita, donde se oía crepitar un gran fuego de sarmientos. Hablaban entre sí, la escopeta á la espalda, discutiendo los tiros, mientras que sus perros iban detrás, jadeantes, con la lengua fuera...

—Van á almorzar—me dijo mi compañero—. Hagamos lo mismo.

Y nos entramos en un campo de centeno que está muy cerca del bosque, un gran campo blanco y negro, en flor y en grano, oliendo á almendras. Bellos faisanes de plumaje color de oro viejo picoteaban acá y allá, bajando sus crestas

rojas, también de miedo de ser vistos. ¡Ah! Estaban menos altaneros que de costumbre. Comiendo, nos pidieron noticias y nos preguntaron si había caído ya alguno de los suyos. Entretanto, el almuerzo de los cazadores, al principio silencioso, se volvía cada vez más alborotado; oíamos chocar sus vasos y descorchar sus botellas. Al viejo le pareció llegado ya el momento de volver á nuestro escondite.

A aquella hora habríase dicho que el bosque dormía. La charca donde los corzos van á beber, no estaba alterada por ningún lengüetazo. Ningún hocico de conejo en las bocas de los cados. Se oía solamente un estremecimiento misterioso, como si cada hoja, cada brizna de hierba amparase una vida amenazada.

Confieso que yo habría preferido estar en el fondo de una madriguera; pero mi compañero prefería permanecer al raso, con buen horizonte para ver de lejos y notar el espacio libre ante sí. Bien nos valió, porque los cazadores llegaban ya al bosque.

¡Oh! Aquel primer tiro en el bosque, aquel tiro que agujereaba las hojas como una granizada de Abril y arrancaba cortezas de los árboles, nunca lo olvidaré. Un conejo galopó á través del camino, arrancando manojos de hierba con sus zarpas menudas. Una ardilla se arrojó de un castaño, haciendo caer los frutos aún verdes.

Hubo dos ó tres vuelos pesados de grandes faisanes, y un tumulto en las ramas bajas, de hojas secas, al viento de aquel tiro que agitó, despertó, espantó todo lo que vivía en el bosque. Unos musgaños se deslizaron al fondo de sus agujeros. Un escarabajo volador, salido del agujero del árbol contra el cual estábamos acurrucados, giraba sus ojos grandes y estúpidos, fijos por el terror. Y después, libélulas azules, abejorros, mariposas, pobres animalitos des-pavoridos por todas partes... Hasta un saltamontes chiquitín, de alas escarlata, que vino á posarse casi encima de mi pico; pero yo estaba demasiado espantado para aprovecharme de su miedo.

El viejo, el viejo estaba siempre tan tranquilo. Muy atento á los ladridos y á los disparos, cuando se acercaban, hacíame seña, y nos íbamos un poco más lejos, fuera del alcance de los perros y bien ocultos por el follaje. Sin embargo, una vez creí que estábamos perdidos. La vereda que teníamos que atravesar estaba guardada por un cazador emboscado á cada extremo. Al uno, un gran bigardo de patillas negras que hacía sonar

toda una ferretería á cada movimiento suyo: cuchillo de monte, cartuchera, cantimplora, sin contar altas polainas abotonadas hasta las rodillas, y que le hacían más alto; al otro, un vejete, apoyado en un árbol, fumaba tranquilamente su pipa, entornando los ojos como si quisiese dormir. Este no me daba miedo; pero aquel otro grandullón de allá...

—Tú no entiendes de esto, Rojillo—me dijo mi camarada, riéndose. Y sin ningún temor, muy abiertas las alas, se echó á volar, casi entre las piernas del terrible cazador con patillas.

Y lo cierto es que el pobre hombre estaba tan trabado en sus arreos de caza, tan ocupado en admirarse de arriba abajo, que cuando se echó la escopeta á la cara estábamos nosotros ya fuera de su alcance. ¡Ah! Si los cazadores supiesen, cuando se creen solos, cuántos ojitos fijos les acechan por los matorrales, cuántos piquitos puntiagudos se aguantan la risa que les da verlos tan torpes...

No sabiendo hacer nada mejor que seguir á mi viejo compañero, mis alas batían al compás de las suyas, para replegarse inmóviles cuando él se posaba. Aún llevo en los ojos todos los sitios por donde pasamos: la dehesa, llena de madrigueras al pie de árboles amarillos, con aquella gran cortina de encinas donde me parecía ver la muerte oculta por todas partes; la veredita verde por donde mi madre Perdiz había paseado tantas veces su nidada al sol de Mayo, donde nosotros brincábamos, picoteando las hormigas rojas que nos saltaban entre las patitas; donde encontrábamos faisanos fachendosos, pesados como pichones, que no querían jugar con nosotros...

Como en un sueño, vi mi vereda en el momento en que la atravesaba una cierva erguida sobre sus patas delgadas, muy abiertos los ojos y presta á saltar. Después, la charca á donde se va en bandadas de quince ó treinta, todo á un mismo vuelo, llegados de la llanura, en un minuto, á beber el agua del manantial y salpicarse de gotitas que ruedan por las plumas brillantes... Había en medio de la charca un ramo de junco muy espeso, y en este islote nos refugiamos. Habría sido preciso que los perros hubiesen tenido un olfato extraordinario para venir á buscarnos allí.

Poco hacía que estábamos, cuando un corzo llegó arrastrándose sobre tres patas y dejando un rastro rojo sobre el musgo. Daba tanta tristeza verle, que oculté mi cabeza entre las hojas; pero

yo oía al herido beber en la charca resoplando, ardiendo de fiebre...

Caía el día. Los escopetazos se alejaban cada vez más raros. Después todo se extinguió... Había concluido. Entonces nosotros volvimos, suavemente, al llano, en busca de noticias de nuestra compañía. Al pasar por la casita del bosque vi una cosa espantosa.

Al borde de un foso, las liebres de pelo rojo, los conejos grises de cola blanca, yacían unos al lado de otros. Eran muchas patitas juntas por la muerte, que parecían implorar piedad; ojos velados que parecían llorar; luego perdices rojas, perdices grises, viejas como mi camarada, y polluelos de este año que tenían aún, como yo, más plumón que plumas. ¿Sabéis de nada más triste que un pájaro muerto? ¡Está tan vivo con sus alas tersas y palpitantes, que no es posible, sin estremecerse, vérselas replegadas, mustias y frías!... Un gran corzo, soberbio y tranquilo, parecía dormido, con su lengüecita fuera de la boca, como para lamer aún...

Y los cazadores estaban allí, inclinados sobre aquella carnicería, contand y echando en sus morrales las patas sangrientas, las alas desgarradas, sin respeto para todas aquellas heridas frescas. Los perros, atraillados para el regreso, fruncían aún su hocico, como si se aprestasen á lanzarse de nuevo á montar.

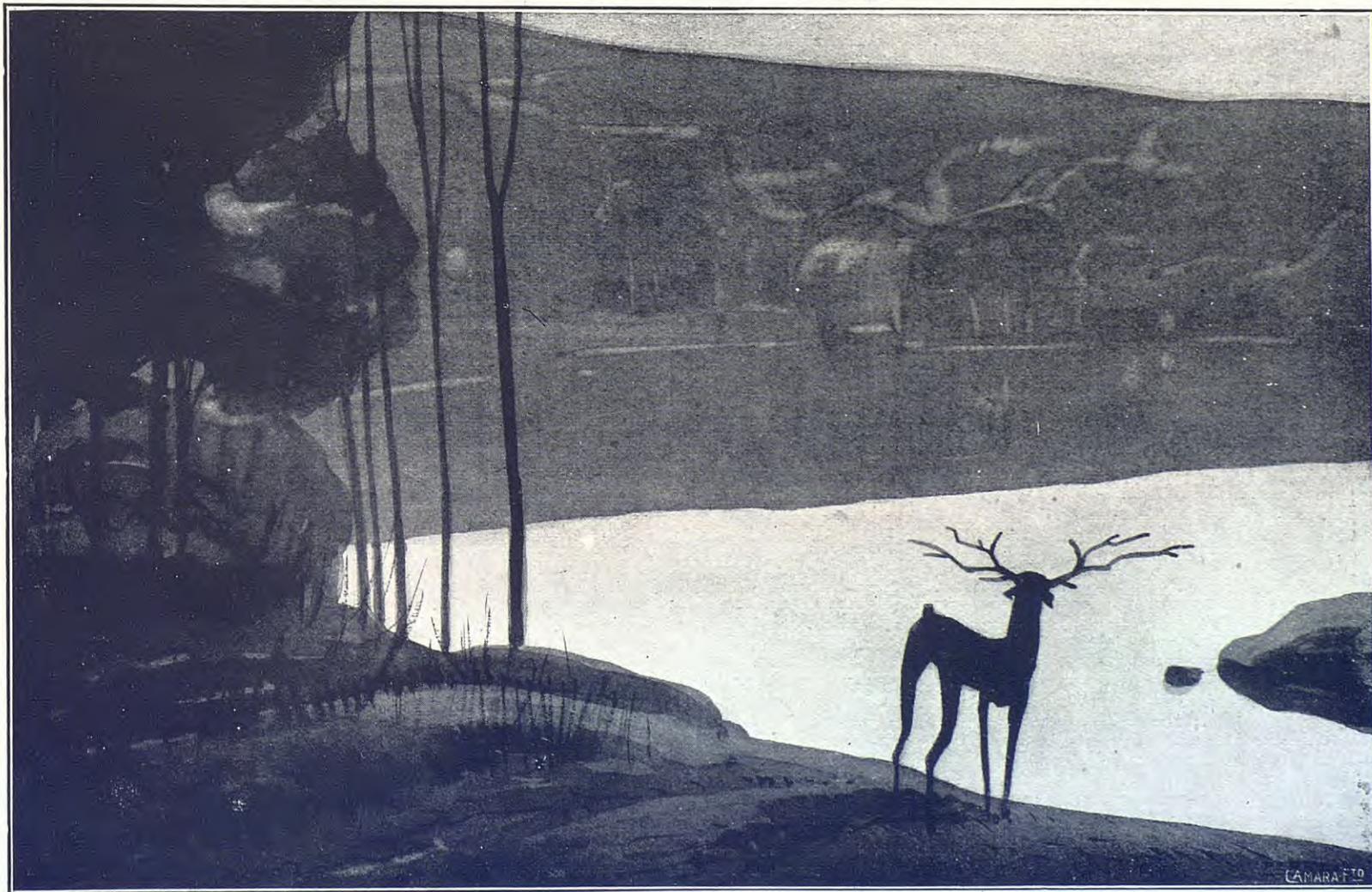
¡Oh! Mientras el sol se ponía por allá, y ellos se iban cansados, alargando sus sombras por los terrones de la tierra y los senderos húmedos, ¡cómo los detestaba yo á todos, cómo los maldecía á todos, hombres y bestias, á toda la partida!... Ni mi compañero ni yo teníamos valor para lanzar, como de costumbre, unas cuantas notas de adiós al día que acababa.

A nuestro paso encontrábamos desgraciadas bestezuelas abatidas por un plomo perdido y abandonadas allí á las hormigas, á los musgaños, con el hocico lleno de polvo; urracas, golondrinas abrasadas en su vuelo, acostadas tripa arriba y tendiendo sus patitas agujereadas hacia la noche que descendía de prisa, como en otoño, clara, fría y húmeda. Pero lo más desgarrador de todo, era oír en la linde del bosque, al borde del prado, y allá abajo en las mimbreras del río, llamadas ansiosas, tristes, diseminadas, á las cuales nadie respondía...

ALFONSO DAUDET

(Traducción de E. GONZÁLEZ FIOLE)

DIBUJOS DE PENAGOS





EL BUEN CAMINO

Mujer, vuelve á la aldea,
al cálido rincón de la montaña
oculto en un repliegue del camino
como se esconde un nido entre las ramas.
Deja la ciudad loca
al triunfo de sus ruidos entregada
y busca los placeres infinitos
de un manso atardecer de oro y de nácar.
Aquí todo es mentira;
la risa y el dolor son una máscara:
florece una sonrisa tras del llanto
y detrás del placer hay una lágrima.
Vuelve al rincón florido
de la aldea lejana,

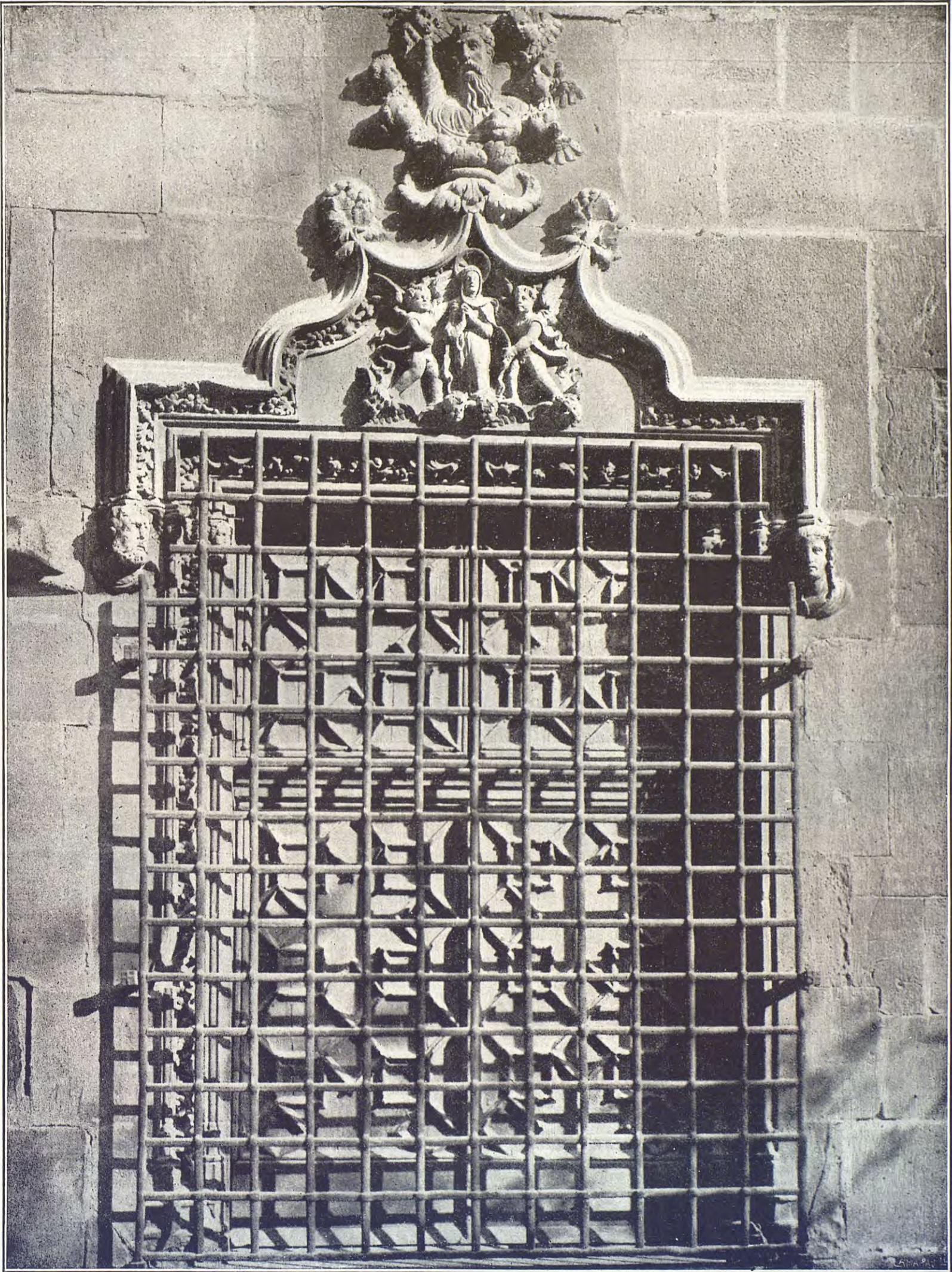
bajo la azul caricia de los cielos
y en el regazo de las peñas agrías.
Allí todo es verdad, porque en el aire
ruge, palpita y canta
la voz de los torrentes
y el son de las torrascas,
y en los hondos abismos
y en las cumbres peladas,
con acento que viene de la altura,
es Dios mismo quien habla.
Mujer, vuelve á tus lavas;
haz pedazos tus joyas y tus galas
y vístete con burdas estameñas
que hagan rudas tus gracias.

Nutre tu corazón de la inefable
música de torrentes y fontanas
y envuélvete en el aire que te ofrece
caricias de tomillo y mejorana.
Y al hijo de tu sangre
—capulito de carne sonrosada—
enséñale el camino de las cumbres,
viviendas ignoradas
donde la luz se acuesta,
donde anidan las águilas.

José MONTERO

DIBUJO DE ESPÍ

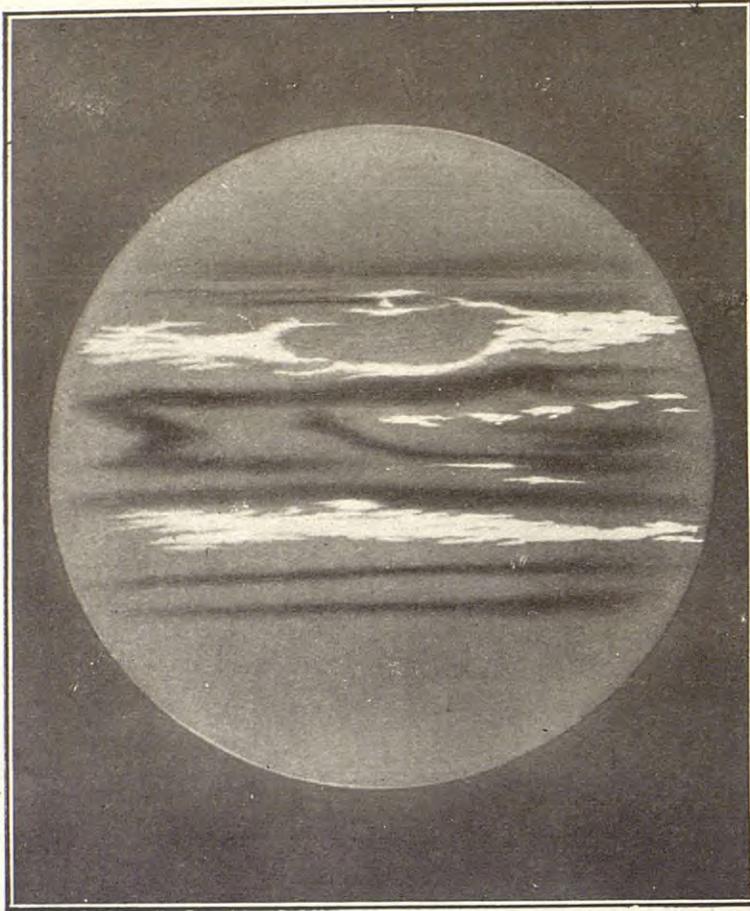
BARCELONA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



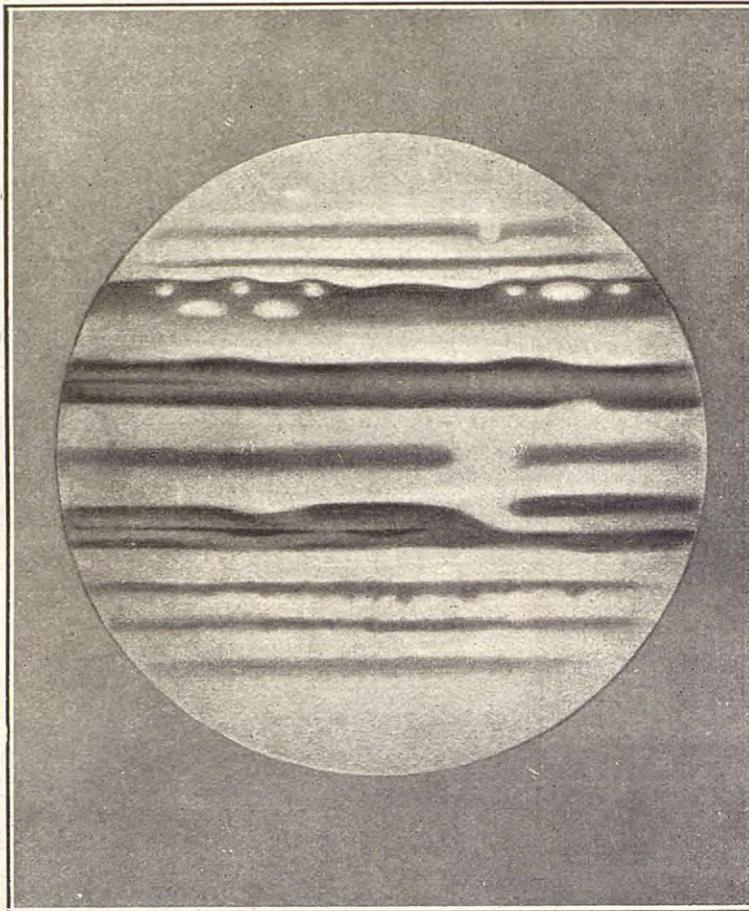
Artística ventana del patio de los Naranjos del Palacio de la Generalidad, de Cataluña, en Barcelona

FOT. MÁS

NOTAS CIENTÍFICAS
EL GIGANTE DE LOS CIELOS



Curiosa disposición de las bandas de Júpiter, oscuras y brillantes, repartidas a uno y otro lado de su ecuador. En él, hacia la región media é izquierda del grabado, se ve la gran mancha, de fuerte coloración roja en la realidad.—(Fotografía obtenida con la gran ecuatorial del Monte Wilson (California))



Aspecto del planeta Júpiter, que permite ver la uniforme y paralela distribución de sus bandas, las manchas brillantes en la región superior y un verdadero rosario de manchas oscuras en el hemisferio opuesto.—(Fotografía obtenida con la gran ecuatorial de Lick (California))

Poco después de terminado el crepúsculo resplandece hacia Levante, ahora, el gran planeta Júpiter, el mayor de nuestro sistema. Su mucho brillo y la carencia de centelleo, peculiar de las estrellas, le hace inconfundible.

Mirado con un antejo, por escaso que sea su aumento, el observador se queda sorprendido al mostrarse aquel enorme disco mucho más achatado que la Tierra.

Le hemos calificado de gigante, y véase con cuánta razón. Es 1.230 veces mayor que nuestro mundo, que tan grande nos parece, y pesa 309 veces más que el planeta que habitamos.

Pasea por los cielos erguido, y no inclinado como nosotros, puesto que su eje tan sólo se desvía unos tres grados. Decía Voltaire que la Tierra izquierdeaba, porque su movimiento se verifica de derecha á izquierda, ó sea en sentido contrario al en que vemos, por la relatividad del movimiento, trasladarse aparentemente la Tierra, el Sol y las estrellas. Porque vemos girar al planeta desde aquí, contemplamos su giro de izquierda á derecha, en unas diez horas.

El día en Júpiter es, por lo tanto, muy corto y de casi igual duración todo el año joviano, que comprende unos doce meses de los nuestros, y para todos los lugares del planeta, como consecuencia de la falta de inclinación, ya dicha, del eje de giro.

Los objetos pesan mucho más en Júpiter que sobre la Tierra, efecto de la mayor masa y, por consiguiente, mayor atracción del planeta sobre lo que se halla situado en su superficie. Un kilo, en Júpiter, equivale á dos kilos y medio en peso terrestre. Y por la gran velocidad con que gira el planeta, cerca de su ecuador se desarrolla tan intensa fuerza centrífuga, que los 12 kilos pesados en sus polos, no son sino unos once escasos en las proximidades de la zona equidistante de los polos ó región media que del planeta vemos.

Este se presenta en el campo de los anteojos como una gran luna llena, cruzada por bandas alternativamente oscuras y grises, alguna vez ligeramente coloreadas, y sobre las cuales bandas es frecuente ver algunas manchas oscuras ó rojizas.

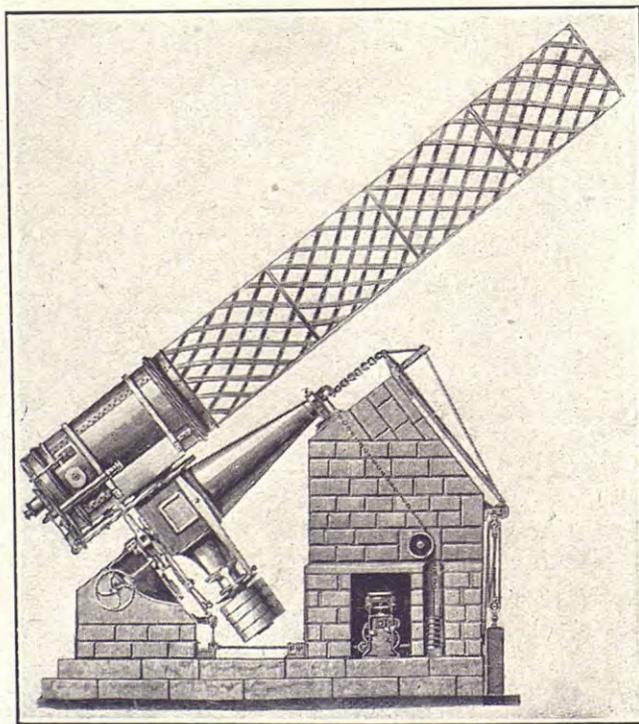
Las bandas, orientadas siempre de Este á Oeste, y más abundantes hacia el ecuador del planeta, son, sin duda, imprecisas aglomeraciones

de nubes, que se orientan en la dirección del giro; y las manchas, probablemente serán interrupciones en esas agrupaciones nubosas, por donde columbramos el suelo del planeta ó las capas bajas de su atmósfera, densas y pesadas por la gravitación de la atmósfera cargada de vapor de agua.

Indicios muy racionales permiten sospechar que el planeta se halla en la primera época de su ciclo de vida. Aunque más alejado del Sol que la Tierra, la enorme masa de aquél ha conservado más calor que nuestro mundo, y en Júpiter, quizá, cristaliza ahora la primera película sólida. Así puede explicarse la gran movilidad y agitación de las nubes jovianas, su constante cambio de forma y tono. Júpiter se halla agitado, sin duda, por las enormes convulsiones características de los primeros siglos de existencia planetaria. El gigante Júpiter se halla, sin duda, en la infancia.

Nada menos que nueve lunas alumbran y embellecen las noches jovianas, que bien podemos calificar, según el Diccionario, de alegres. Pero no se crea por esto que tales lunas reflejan más luz que la nuestra, pues si bien es verdad que reunidas pueden cubrir tanta superficie del cielo como la única que poseemos, en contraposición reciben y devuelven la luz del Sol, recogida á una distancia veintisiete veces mayor.

La astrología rastreaba, por los movimientos de Júpiter, el destino de los grandes hombres. Su fama, miríficamente exaltada, pedía al mayor de los planetas como indicador de su porvenir. ¡Vanidad de vanidades! Júpiter, como el más pequeño de los cuerpos celestes, obedece en sus movimientos á las mismas leyes, cumplirá su ciclo de vida, que ahora empieza, y sin apartarse un ápice de ellas, morirá también, cuando otros nazcan, para completar el perdurable y misterioso arcano de la vida astral.



El gran telescopio del Observatorio de Melbourne (Australia), con el cual se ha podido observar la rotación del planeta Júpiter y los más pequeños detalles de las bandas

LA ESFERA

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

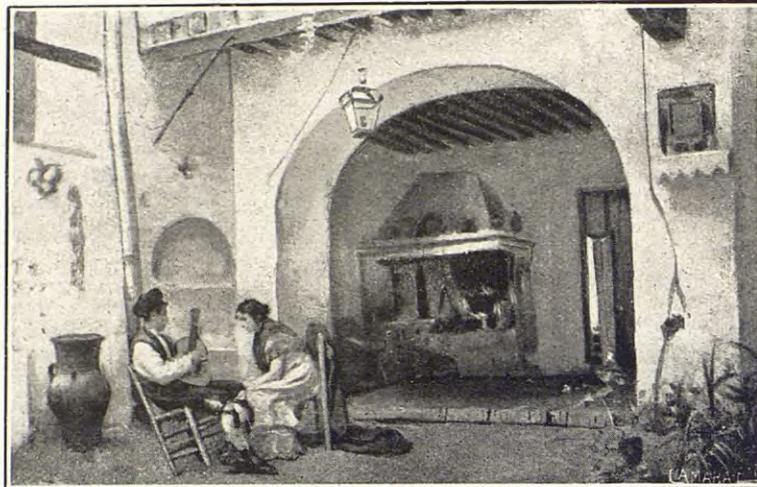


RETRATO DEL ILUSTRE PINTOR JOSÉ MORENO CARBONERO, por Enrique Jaraba

ARTISTAS CONTEMPORANEOS
ENRIQUE JARABA



SAN PEDRO
 Cuadro pintado para la iglesia de San Juan, de Málaga



"Patio malagueño"



SAN JUAN
 Cuadro pintado para la iglesia de San Juan, de Málaga

Entre los escasos retratos positivamente notables que excusaban algo la abundancia de obras de este género en la última Exposición Nacional, se destacaban los firmados por Enrique Jaraba, titulados *Mi padre* y *De buena cepa*. Hízose entonces en estas mismas páginas el justo elogio de ambas obras. El retrato del padre del autor era una nota severa y majestuosa en la que prestaban mayor carácter de señorial empaque las blancas barbas del modelo y su fisonomía de nobles rasgos. *De buena cepa* era, en cambio, una página jocunda, epicúrea, pintada con esa pincelada suelta y pastosa, peculiar de Jaraba. Es un lienzo netamente español afiliado en sanas tendencias realistas de otro tiempo y pleno de una fresca y jugosa sensación de vida.

Enrique Jaraba es malagueño, y aprendió á manejar los pinceles en el estudio de aquel admirable pintor, almeriense de nacimiento y malagueño de adopción, que se llamó Joaquín Martínez de la Vega, que tuvo una romántica historia y murió pobre y olvidado en un hospital sórdido.

Encauzó después Enrique Jaraba su personalidad en el estudio de otro gran artista malagueño, José Moreno Carbonero, de quien publicamos en este número un retrato hecho por su antiguo discípulo, y donde el autor de *Sancho en la Insula Barataria* aparece con pasmoso parecido físico y psicológico.

Sin embargo, debe hacerse constar que Enrique Jaraba no fué nunca un espíritu imitativo de sus maestros, sino un pintor independiente que ve el natural á su modo y á su modo peculiarísimo lo interpreta.

Y demuestra hasta qué punto el ilustre pintor malagueño se encuentra sólidamente afianzado en su propio criterio, que no han falseado su personalidad los viajes, ni la contemplación de ajenas obras en los museos extranjeros. Después de un viaje por Europa, fijó su residencia por algún tiempo en Estocolmo. Imaginemos á este descendiente de árabes, á

este hijo del sol y del Mediterráneo en las brumosas regiones nórdicas. No obstante, su estancia en Estocolmo sirvió para ampliar el caudal de la vasta cultura que posee el notable pintor malagueño y para justificar, con la experiencia visual, su anasionamiento por las escuelas castizamente andaluzas.

Muy joven aún, obtuvo una tercera medalla en la Exposición Internacional de 1892, y después consiguió también medallas en las Nacionales de 1897, 1901 y en la de 1904, donde su cuadro, de grandes dimensiones, *La Virgen del Carmen*, fué muy elogiado por la crítica y los profesionales.

Porque Enrique Jaraba alterna la pintura de retratos con la pintura religiosa. Pone en este último género de obras aquella unción de los maestros españoles del siglo xvii, donde el realismo no excluía el católico fervor. Merced á ello, sus pinturas religiosas se encuentran, por fortuna, desposeídas de monjil blandenguería, de sensiblero cromismo.

Respiran el mismo sano hábito de belleza que sus retratos y que sus escenas de costumbres típicamente andaluzas, como, por ejemplo, *Lección de guitarra*.

Expresiva muestra de lo que Jaraba realiza en la pintura religiosa son, además de la mencionada *Virgen del Carmen*, sus lienzos de la capilla de San Miguel, en la iglesia de San Juan, de Málaga.

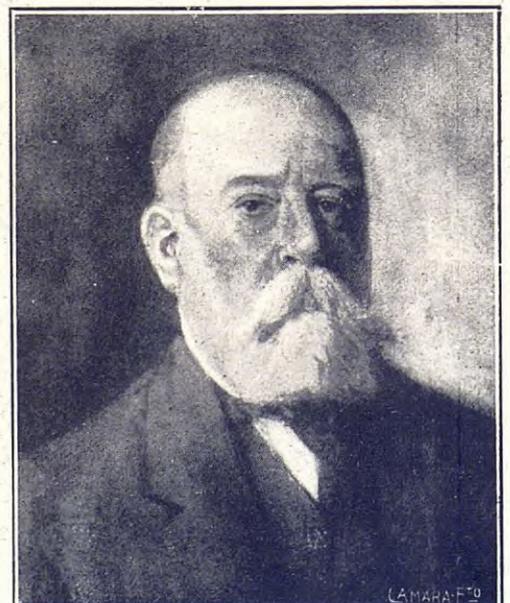
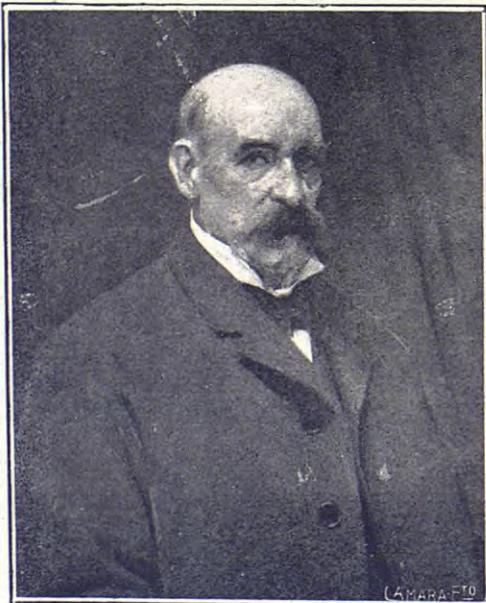
En cuanto á los retratos, además de los ya citados en este breve comentario, debemos recordar los del arcediano de Málaga y los del ilustre novelista Salvador González Anaya.

En la actualidad, Enrique Jaraba y Jiménez es profesor de la Escuela de Artes é Industrias de su ciudad natal, y dedica sus excepcionales aptitudes á la pintura decorativa.

Tal es, narrada grandes rasgos y con la parquedad que impone la falta de espacio, la historia artística de uno de los más notables pintores de nuestra época.—S. L.



ENRIQUE JARABA



Tres retratos pintados por Enrique Jaraba

AL MARGEN DE UN CENTENARIO GLORIOSO
EL ALMA DEL CARDENAL

PARA Su Eminencia el cardenal Fray Francisco Ximénez de Cisneros no había cosa de tan acendrado amor como su colegio de estudios mayores que fundara en Alcalá de Henares bajo la advocación de San Ildefonso.

En él puso todos sus entusiasmos y cariños, y así era la docta fundación descanso espiritual donde aliviábase un poco de la pesada carga del Gobierno.

Más le placía el hacer jornada á la docta casa, para inspeccionar el estudio, que entender en la política del reino ó en la intrincada baraunda de unas Cortes; al fin, menos dábanle que hacer los futuros licenciados y doctores, con ser harto levantiscos, que los diputados y magnates de la nación.

Parecíale que, con ser sapientísima la Universidad de Salamanca, muy notables las facultades que en ella se cursaban, muy doctos los regentes (así llamábanse los catedráticos por entonces) y muy aprovechados los escolares, faltaban aquella seriedad y disciplina de que tanto gustaba su carácter austero y autocrático, y, por ende, ya que se vió con medios para ello, pensó en fundar otra á hechura suya, donde pesara y respirárase su influencia, por aquel entonces incontrastable.

La leyenda, un poco bachillera, dice que el primer sitio que escogiera para ello fué Torrelaguna, su pueblo natal; pero los pacíficos vecinos alborotáronse todos y pusieron el grito en el cielo, recelando que los estudiantes habrían de comerles las uvas. Atendió, pues, la queja Su Eminencia, y desde luego eligió la villa de Alcalá.

En 1498 fué á elegir el lugar, llevando consigo al alarife Pedro Gumiel, que dejó sentada la traza.

A 14 días del mes de Mayo de 1500 puso la primera piedra.

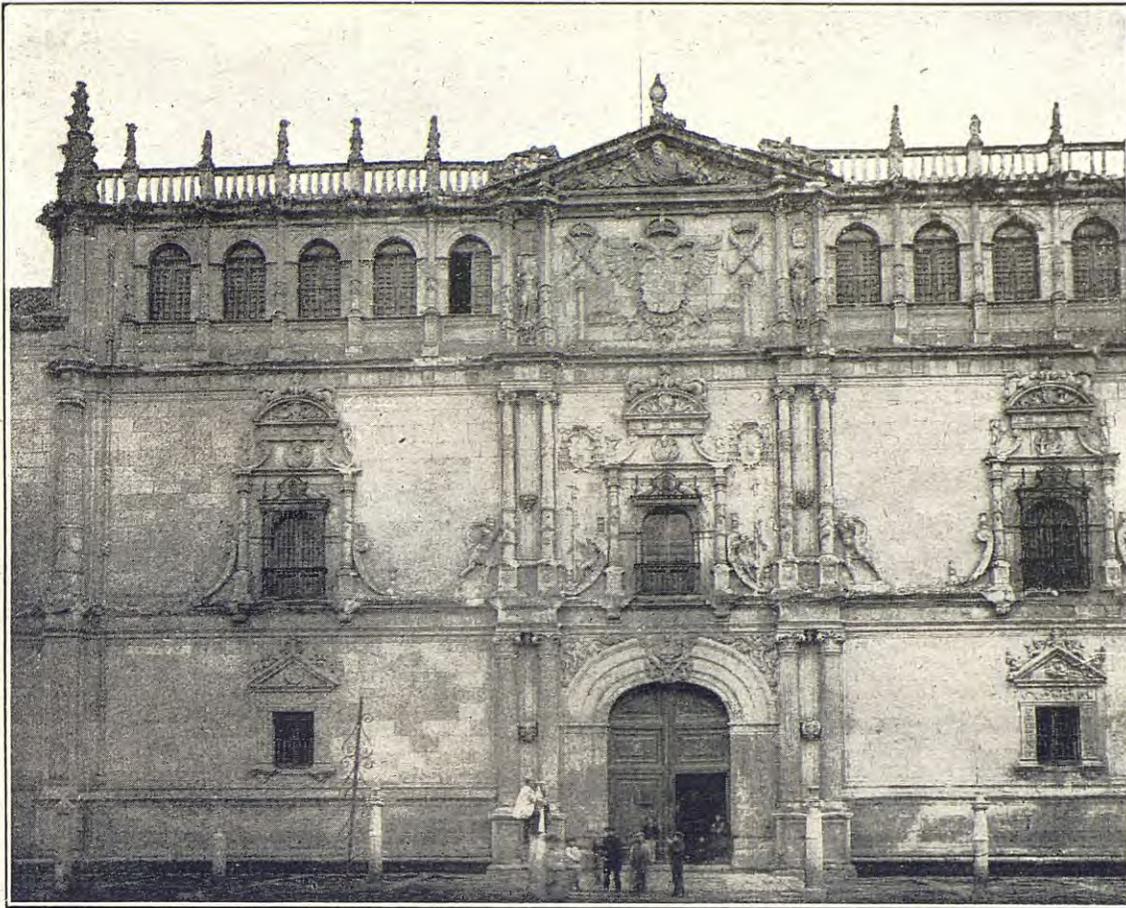
La Universidad salmantina conoció la poderosa rival que le surgía, y trató de disuadir á Cisneros prometiéndole toda suerte de ventajas y mejoras; mas éste respondió que en Salamanca enseñábase muy bien Derecho civil y canónico, pero no así Teología, y por ello deseaba tener en su diócesis un solio de las ciencias eclesiásticas, cosa que no habría de traer perjuicio alguno á la vieja fundación, puesto que en la nueva no cursaríanse aquellas facultades.

ooo

En 24 de Julio de 1508 llegaron de las aulas de Salamanca los primeros escolares que habrían de honrar las computenses.

Llamábanse: Pedro Campos, Miguel Carrasco, Fernando Balbás, Bartolomé Castro, Pedro Santa Cruz y Antonio de la Fuente (este último llegó á ser confesor de Doña Germana de Foix, segunda esposa de Fernando el Católico). Éran, como quien dice, la simiente que, andando los tiempos, fructificaría de manera tan espléndida.

Fueron los primeros que encajaronse



Fachada de la Universidad de Alcalá de Henares

la sotana parda de buriel cerrada hasta el cuello, sin más abertura que la precisa para sacar la cabeza y los brazos; la beca cruzada por los pechos que, ensanchándose por un lado, terminaba siendo manteo, y el bonete de tres altos.

Retñaron como vida nueva en la alegre ciudad, y, aunque por su natural mozo, no eran nada apacibles ni sosegados, no se hermanaban malamente con los vecinos, antes bien, diéronles mucho á ganar, pues que al calor del estudio alzáronse posadas y hospedajes particulares.

En los comienzos del otoño del mismo año 1508, tornó el fraile prócer y preparó el plan del curso que, según práctica ya usada, comenzaba el día en que la Iglesia celebra el nombre de San Lucas, evangelista. El Dr. Pedro Campo fué el primer rector, y los catedráticos fueron

Gonzalo Gil de Burgos, de Teología; Miguel Pardo de Burgos y Antonio de Morales (padre de Ambrosio), de Lógica y Filosofía; los licenciados Tarragona y Cartagena, de Medicina; Demetrio de Creta, de Griego; Pablo Coronel (que trabajaba en la *Biblia poligota*) y Fernando Alfonso Ferrara de Talavera, de Retórica...

ooo

El cardenal miró siempre á los escolares cual si fuesen hijos, y siendo como era, tan severo y esclavo del principio de autoridad en el Gobierno, tenía con ellos la condescendencia de un padre bueno, si por acaso se le desmandaban.

Alguna vez los disculpó y aun defendió ante el mismo rey, como aconteciera aquélla en que apaleáronle los pajes por haber éstos tenido el mal humor de chamuscarles el pelo con las hachas de viento que traían en una luminaria.

A buen seguro que en las horas de angustia y pesadumbre que dábase la política, volvía el pensamiento, para consolarse, á su estudio de Alcalá, y hallaba mucho alivio.

«Este fué el mejor pensamiento de mi vida—solía decir—. Y aquí, si Dios es servido, quisiera reposar el eterno sueño, entre la bulla y la algazara de la juventud que después será ejemplo de doctos y sesudos varones.»

ooo

Ahora cúmplense cuatro siglos de que huyérase de la vida Ximénez de Cisneros, y así como de los otros mortales dícese que el alma vuela á los cielos, tengo para mí que no puede decirse de éste, porque quedó en la Tierra; el alma del cardenal enseñórase en aquellas insignes estancias del Colegio de San Ildefonso, que fueron cantera de sabios, fuente de pensadores y vergel de ingenios.

¡Sea por siempre honrada y reverenciada su insigne memoria!

DIEGO SAN JOSÉ



Arcada del patio de la Universidad FOTS. KAULAK

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Flores del Campo

En el grandioso panorama abrupto de la Sierra de Gredos, que en esplendor y gallardía no cede ante los más bellos lugares de Europa, empinanse altivas las canosas cumbres purificadoras del ambiente embalsamado. Sirveles de espejo el sereno cristal de la laguna, y en sus orillas crecen, llenas de savia y aroma, esas delicadas "Flores del Campo", que han de servir de base al exquisito JABÓN, suave, espumoso, medicinal; á los adherentes, frescos, impalpables POLVOS DE ARROZ; al fragante, sutilísimo EXTRACTO; á la COLONIA, RON QUINA, BRILLANTINA, LOCIÓN y á todas esas prodigiosas creaciones que la Perfumería Floralia inventó para gloria y provecho de la belleza femenina.